

Tanshui

Ser en la vida

Segundo libro

MARIBOL SOLE

Libro de autoayuda y para compartir
de los orígenes del antiguo arte del Tanshui

Todos los derechos reservados

DEDICACIÓN

Dedico este libro a Tanshui y a todos aquellos
que siguen este camino.
Que la palabra escrita desvele
lo que la mente oculta
y el alma reclama.

**... continuación del primer libro:
"El viaje interior"**

Capítulo 1

Recogí los papeles y, con un dejo de tristeza, los volví a guardar en la mochila. Miré a mi alrededor con la esperanza de ver al Maestro. Aún sentía su presencia y estaba segura de que lo vería aparecer en cualquier momento. Esperé mucho tiempo, pero fue en vano, así que cogí a mi marido de la mano y me alejé a regañadientes de aquel lugar. Tal vez se trataba de una prueba más, una de esas a las que tanto le gustaba someterme. Le busqué entre los árboles y a lo largo del sendero, pero no había rastro de él. Absorta en mis pensamientos caminé con la cabeza gacha y casi sin darme cuenta me encontré frente al hotel.

Nada más cruzar el umbral saludé al personal con una inclinación de cabeza. Me puse la máscara de la indiferencia para no dar al personal, muy atento y educado, la oportunidad de investigar o hacerme preguntas.

Nos acababan de trasladar al bloque central del hotel debido a un problema con las cañerías, sólo unos minutos después nos llevamos la agradable sorpresa de que la habitación era mucho más bonita que la otra. El día transcurrió lentamente. Mientras nos preparábamos para cenar, oímos el murmullo de los

huéspedes del exterior. Estaban fuera, sentados en mesas repartidas por el jardín y animando la velada. Sus voces se mezclaban con el rugido del mar y el susurro del viento y pronto serían absorbidas por las notas de la música.

Me asomé al balcón para contemplar las vistas. La puesta de sol era realmente preciosa, la luz de las velas creaba un ambiente muy íntimo y acogedor, a pesar de que el entretenimiento tenía lugar al aire libre.

Bajamos a cenar y nos sentamos uno frente al otro. Suspiré, levantando la mirada hacia la luna. Me llamaron la atención las ramas de los árboles mientras la brisa marina acariciaba nuestros rostros, mi corazón se abrió. Después de cenar me quité los zapatos y me fui a dar un paseo por la piscina.

Rocé el agua con los dedos de los pies y un escalofrío me recorrió la espalda; se había levantado viento, así que me cubrí los hombros con un chal.

Me tumbé en una tumbona y, con la nariz al aire, empecé a observar el cielo cubierto de estrellas.

Me fijé en un gran círculo brillante que se movía alrededor de la luna, mirarlo fijamente durante unos instantes me llevó al límite de mis pensamientos y en unos instantes me vi transportado a un viaje sin tiempo.

Capítulo 2

Me encontraba en un lugar similar al de ahora, pero era como si estuviera viendo la escena en una pantalla delante de mis ojos. *De la nada vi a una niña delgada y de tez aceitunada; podría tener unos doce años. Su largo pelo negro estaba recogido en dos grandes trenzas atadas en las puntas por dos lazos blancos. Parecía que volvía del colegio. Delante de la casa la esperaba un hombre corpulento de pelo gris y enorme bigote, que supuse que era su abuelo, mientras una mujer mayor la ayudaba a sacar la pesada bolsa, quizá cargada de libros. La niña entró corriendo en la casa para beber agua directamente de una gran ánfora verde. La choza era oscura, con las paredes sin enlucir, y estaba escasamente amueblada, con muy pocos muebles y el suelo parcialmente cubierto por alfombras. El hombre tosía mientras sostenía un pañuelo delante de la boca, mientras la mujer llamaba repetidamente a la niña, pero ella, sentada en el suelo y absorta en su propio mundo, seguía jugando, ignorándola. En ese momento, la mujer se puso delante de ella y gritó, sacudiéndola por el brazo: "Govindaaa". Su voz resonó también en mi cabeza, y cuando la niña levantó la cabeza para mirarla, nuestros ojos se encontraron.*

Me estremecí al sentir una mano rozándome el pelo. Abrí los ojos y, aún confusa, murmuré algo.

Estaba tumbada en el suelo. "Amor, ¿qué te ha

pasado?", reconocí aún aturdida, lamiéndome con la lengua el labio superior, de un líquido dulzón. "No lo sé", respondí, "probablemente me quedé dormida y me caí". Me había golpeado la cabeza contra el seto y también tenía un codo ligeramente magullado. Cuando la herida empezó a sangrar profusamente me dijo: "estás perdiendo mucha sangre, debes ir al médico inmediatamente", "pero es demasiado tarde" le contesté, "lo veré mañana".

Rápidamente nos dirigimos a recepción donde me dieron los primeros auxilios. Volvimos a la habitación y me dejé caer en la cama pensando en lo que había pasado, él se tumbó a mi lado y me abrazó susurrando, "supongo que tu desmayo se debió a lo que ha pasado hoy", "puede ser", le contesté, "y puede que también sea bueno que tengas la cabeza dura", "puede ser", le dije sonriendo.

De repente me acordé del paquete de papeles que llevaba en la mochila y estuve tentado de levantarme y cogerlo, pero dudé, tenía la clara sensación de que hacerlo reabriría una herida en mí, y como aún tenía una fresca en la cabeza, decidí dejarlo para el día siguiente. Me abandoné al sueño, pero en mis ojos aún estaban los ojos de aquel niño.

La noche transcurrió tranquila y por la mañana

decidimos desayunar en nuestra habitación.

El camarero llamó a la puerta y le hice pasar, pidiéndole que dejara la bandeja en la mesita de la terraza. Quería perderme un rato más en el espacio infinito del horizonte y dejarme arrullar por el sonido del mar. La suave luz del sol naciente creaba el telón de fondo perfecto para los pescadores, ocupados en arreglar sus redes en la playa. El azul del mar bañaba mis pensamientos, que como olas flotaban en mi mente.

Sin embargo, el silencio se vio interrumpido por el crepitar del motor de un coche. Era el hortelano, que acababa de detenerse frente a la entrada del hotel para entregar verduras. El aroma de la fruta y la verdura fresca empezó a impregnar el aire que respiraba. El olfato, así estimulado, enviaba tal cantidad de mensajes al cerebro que me costaba descifrarlos. Olfateé la piña que ya estaba saboreando: era dulce y perfumada; dejé que el zumo corriera por mis dedos, adoré la costumbre local de comer con las manos y, sin inhibiciones, pude disfrutar de la comida con todos mis sentidos.

El Maestro me había enseñado a descubrir la alegría en las pequeñas cosas y a amar los gestos más sencillos. Esta nueva conciencia aumentó mi aprecio y gratitud

por la vida. Por fin vivía el presente con mayor intensidad, sin la necesidad constante de hacer algo para llenar el vacío. Saborear el presente fue la mayor lección, pero también la más difícil. Y ahora estaba allí, con todo mi ser, inmerso en ese gesto, en ese olor, en ese sabor, en esa extraordinaria sensación de estar aquí y ahora. Esa era la esencia del centrado que había aprendido del Maestro. Yo era ese momento y ese momento era yo. Me había fundido con la realidad, que me había absorbido en un gesto desbordante de sensaciones y conciencia. La gratitud era su consecuencia.

El Maestro me había revelado el antiguo secreto de la presencia del Ser, a través del Centrado, y fue como pulsar el botón de pausa en la línea del tiempo, para alargar la vida.

Un día, el Maestro me dijo: "*Cuando os observo, veo a tantos trabajadores en la cadena de montaje de las ideas de otros. ¿Quiénes sois cuando actuáis? ¿Cómo y para quién vivís? Debéis liberaros de las manipulaciones y de las cadenas de la aquiescencia*".

Al recordar esas palabras me levanté, abrí mi mochila y saqué mi portapapeles.

Extendí todos los papeles sobre la cama. Busqué en mi bolso las gafas de leer y... ¡Maldita sea! ¿Qué aspecto

tenían? Recordé que me había sentado sobre ellas en el avión. Cuando mi marido volvió y me vio, se echó a reír: "Cariño, tienes las gafas torcidas.

Se las quitó y rápidamente trató de enderezar el delicado marco, que estaba hecho de un fino metal anaranjado. Volví a ponérmelos y, al ver la escritura del Maestro, sentí que se me retorció el estómago. Aquellos papeles que tenía en las manos eran todo lo que me quedaba de Él. Los hojeé, esperando encontrar alguna pista.

La página de inicio decía lo siguiente:

"Hermana querida, supongo que te sientes confusa y desorientada. Necesitarás estar sola. Esto es bueno, todo está ya escrito y estoy más cerca de ti de lo que crees.

El lenguaje de los Padres te apoya y la práctica diaria te ayudará a hacer el espacio necesario.

A través de tu corazón, tu cuerpo y tu mente, recuperarás el control de ti mismo y retomarás el hilo que dejaste colgando hace mucho tiempo. Hay un momento adecuado para todo. Cuando los elementos estén en equilibrio, tú también lo estarás, y por eso darás muchos pasos. La naturaleza hará el resto. No procedas sin experimentar primero, de lo contrario los pasos no serán pasos reales, sino sólo ilusiones proyectadas por tu mente. Sé que ya has empezado a recordar por qué estás aquí.

Te alegrarás, sufrirás y tendrás que superar pruebas y pequeñas

decepciones que provienen de la mente, pero que son útiles a tu alma para ser más fuerte y decisivo en el camino a seguir. Recuerda, sin embargo, que no podrás delegar en otros, porque este viaje es tuyo. Por eso permanecerás en un segundo plano, para reflexionar y procesarlo todo en tu interior. A veces te sentirás solo y te invadirán el desánimo y la tristeza. Estas emociones intentarán apartarte del camino correcto.

Experimenta y transforma ciertos aspectos de ti mismo sin distorsionar tu verdadera naturaleza.

Realiza los ejercicios diarios que te he enseñado, medita y purifícate.

Lee y procede siguiendo mis indicaciones y haciendo lo que haya que hacer. Cuando te sientas preparado, ve a la tienda de la Sra. Ambika.

En el mostrador frente a la entrada verás una pequeña estatua de esmeralda, deja una nota y tu ofrenda en la caja.

En la tarjeta escribe tu nombre y tu fecha de nacimiento y ella lo entenderá.

Vuelve al día siguiente y escucha lo que tiene que decirte. Si demuestras ser digno y sabio, te entregará un manuscrito importante'.

Capítulo 3

Mi marido y yo nos alojábamos en un hotel, pero ya habíamos hecho gestiones para encontrar una casa de alquiler. Yo seguía confusa y me preguntaba qué tipo de proyecto tendría que realizar sin el Maestro.

Cuando salió de la ducha, le pregunté si el lugar era de su agrado y si le gustaría ir a la ciudad a hacer algunas compras.

Nada más salir por la puerta, nos vimos rodeados de numerosos niños, que nos pedían donativos para comprar flores que utilizarían en las composiciones de *mandalas*. Era una costumbre local crear hermosos y fragantes diseños en el suelo, utilizando pétalos de flores de diferentes colores. Se acercaba una ocasión muy especial, que duraría unos diez días, y ya se podía percibir en el aire el frenesí de los preparativos. Todo este fervor me retrotrajo a la Nochebuena, a las velas, luces y adornos de las calles del centro, cuando llegó el *tuc Tuc*. Pasamos la siguiente media hora observando cómo se desarrollaba la vida cotidiana, sin ningún límite real, entre la casa y la calle; no había intimidad ni pudor, porque todo tenía lugar al aire libre.

Vi a una mujer lavando a un niño en una palangana delante de la casa: la miré, ella respondió a mi mirada

con una sonrisa maternal, mostrando una hilera de dientes blanquísimos, mientras el niño, completamente desnudo y enjabonado lloraba a pleno pulmón. Más adelante, unos niños se balanceaban en un columpio improvisado entre la basura, utilizando como asiento el neumático de una rueda vieja.

Perros flacos, que se parecían todos, dormían junto a la carretera, mientras hombres con camisa y dhoti, un trozo de tela enrollado en la cintura, charlaban entre ellos. La ciudad era un hervidero de gente, colores, comida, aromas y olores nunca olidos, pero también de coches, motos y smog. El tráfico era un delirio diluido por la música, los carteles gigantes y los colores de los objetos vistosos expuestos por todas partes.

Un carrito de fruta, equipado con amplificadores, ponía una música ensordecedora, que dificultaba mucho la negociación entre nosotros y el conductor del tuc tuc. Se utilizaba así, casi como forma de entretenimiento, y solía terminar con las palabras del conductor: "¿estás contento?".

Más tarde supe que para ellos era muy importante que el cliente pagara un precio justo por el servicio recibido, creo que esa era la razón por la que siempre estaban tan dispuestos a negociar.

Me sorprendió comprobar que si te encontrabas con

los ojos de alguien, invariablemente te respondían con una sonrisa. Quizá en la ciudad ocurría menos, pero en cualquier caso, no percibía la misma irritación y tristeza que veía impresas en los rostros de la gente en el metro de vuelta a casa.

Me llamó la atención un callejón que ofrecía puestos pulcramente alineados con todo tipo de artículos domésticos y baratijas a precios muy apetecibles. Se notaba que los distintos comercios estaban zonificados, si uno buscaba un artículo concreto, para no perderse en la búsqueda todo el día, tenía que ir a la zona correcta de la ciudad. Compré un cojín y dos alfombras lavables muy ligeras tejidas a mano.

Mientras nuestros ojos vagaban entre los colores de la calle, nos llamó la atención el aroma que salía de un pequeño restaurante que teníamos detrás, era un perfume tan intenso a verduras guisadas y especias que nos invitó a entrar sin dudar. Pedimos un arroz con verduras, y mientras el camarero se alejaba con el pedido, la cara de mi marido adoptó una expresión extraña, "¿tú también lo has visto?", preguntó en un susurro, "¿qué?", respondí, "el camarero", dijo aún con los ojos muy abiertos. "Claro que lo vi, ¡qué pregunta!", "¿te diste cuenta que tenía esmalte rojo en las uñas de los pies?". Me di la vuelta con curiosidad

por comprobar esta rareza, pero ahora estaba demasiado lejos y no podía verle. Intrigado, me sugirió que le mirara también las manos. Cada vez más asombrado, se dio cuenta de que sus uñas también estaban lacadas de rojo. El hombre, con su pelo oscuro y su bigote negro, sus hombros erguidos y su porte pavoneante, había distraído mi atención de los detalles, que mi marido había captado en su lugar. De hecho, me di cuenta de que lo que antes me había impresionado o asombrado, ahora era algo en lo que no había reparado.

Mis ojos veían más allá y desde una perspectiva completamente distinta a la de antes. Esto quizá me hizo indiferente a todo lo que antes me parecía diferente. Había dado literalmente la vuelta a mis puntos de vista y consideraba la vida en Oriente como normal y en Occidente como una locura. Probablemente por eso aquí abajo, lejos de mi entorno habitual, me sentía más relajado y tranquilo. Por fin era libre de ser yo misma, de ser yo misma en cada momento del día, sin juicios, sin suposiciones ni miradas maliciosas, experimentaba desapego e incluso un poco de sana indiferencia. Tenía la certeza de que si decidía tumbarme en la acera podía hacerlo sin ser juzgado como un vagabundo, un bicho raro o un

drogadicto, sino simplemente como una persona que estaba descansando y nada más.

De vuelta al hotel, agotado por el calor y la humedad, sentí la necesidad, tras una ducha fresca, de tumbarme en la cama a descansar.

Cerré los ojos, respiré hondo y en unos instantes me encontré de nuevo proyectado en mi visión interior.

Volví a ver a la misma chica. Ahora llevaba un vestido largo y negro; incluso las cintas que le ataban el pelo eran oscuras. Su abuelo la arrastraba por un sendero del bosque, mientras ella, aferrada a su mano, lloraba emitiendo débiles gemidos. Llegaron a un claro en medio del cual se alzaba un gran árbol; un hombre vestido de blanco, con barba y largos cabellos grises les esperaba. Cuando llegaron, se acercó sin mediar palabra y comenzó a escrutar a la niña. La criatura, sostenida por las manos de su abuelo, lloriqueaba. El hombre habló con el anciano, que, llevándose un pañuelo a la boca, tosía ostensiblemente. Al final de la negociación, vi, como en una escena de cine a cámara lenta, la mano de la niña pasar de un hombre a otro. Ella, paralizada por el miedo, parecía no entender lo que realmente le estaba pasando. Vi sus grandes ojos negros suplicando ayuda. Me pareció como una gacela herida ante un tigre hambriento. Mi corazón se detuvo, totalmente absorto por su mirada de consternación. Era difícil sentir y compartir la constatación con alguien que sabe que ya no tiene ninguna posibilidad. El viejo

desapareció, engullido por la maleza, y ella se dio cuenta de que, aunque gritara con todo el aliento de su garganta, nadie la oiría.

De repente, alguien llama insistentemente a la puerta y me devuelve al presente. Todavía asustada y empapada en sudor, me levanté y abrí.

El camarero estaba allí con una bandeja en la mano. Me pregunté por qué había venido, ya que ninguno de nosotros le había llamado. Me dijo que el gerente nos recibía y quería vernos en privado. Le contesté que con mucho gusto nos reuniríamos con él más tarde, le di las gracias y me despedí. Mientras tanto, me di cuenta de que mi marido aún no había llegado y, al asomarme al balcón, le vi conversando con un hombre. Decidí no esperarle y me tomé el té antes de que se enfriara, disfrutando del dulce que nos acababa de traer el camarero.

Capítulo 4

Más tarde supe que el fontanero le había dicho que había una casa en alquiler a sólo cinco kilómetros y que podríamos mudarnos a ella en pocos días. Así que decidimos ver si esa casa podía ser la solución adecuada para nosotros, así que a la mañana siguiente fuimos a visitarla. Recién pintada, tenía dos plantas y una amplia y espaciosa terraza sobre el tejado. Rodeada de palmeras e inmersa en la selva, parecía un lugar tranquilo, pero tampoco excesivamente aislado. Ansiaba tener la oportunidad de experimentar el silencio para estar en compañía de mí misma tanto como fuera posible. Ahora, estaba cada vez más convencido de que las palabras del Maestro eran llaves para abrir puertas que yo hubiera preferido mantener cerradas. ¿Por qué tenía ahora estas visiones? Probablemente porque gran parte de mi conciencia procedía del pasado y sería una tontería negarlo. Yo era quien era porque había visto a la muerte a la cara, porque había luchado contra la enfermedad, porque me había rebelado contra los patrones; porque me había arrancado los grilletes de la conformidad y no había sucumbido al sistema de creencias en el que me había encerrado.

La libertad me había salvado, me había curado de mí mismo, de la hipocresía de creer ser lo que no era y de vivir una vida que no era la mía.

De vuelta en el hotel, volví a leer sus palabras: *"Te darás cuenta de que no entiendes algunas cosas y, cuando creas haber encontrado una respuesta, dudarás de ella. Tu lógica se subvertirá para que el castillo de la mente se derrumbe y de debajo de los escombros de la falsedad tu alma pueda resurgir. Cuando el alma cante victoria, sentirás un dolor terrible, pues seguirás identificándote con tu falso yo, la representación mental de ti mismo. Aunque creerás que es el final, para tu alma será el principio, bailará sobre tus escombros, deseosa de experimentar su venganza. Si sólo caminas por la lógica, la vida se convertirá en una serie interminable de golpes que caerán sobre tu dura cabeza, hasta que pidas ayuda a tu alma. Cuando des tu consentimiento al designio, éste se manifestará. El alma y la Fuente están imbuidas la una en la otra. No sigas resistiéndote a la voluntad de tu alma.*

Levanté la mirada y pronuncié espontáneamente estas palabras: "bien querida alma, ahora decido que se haga tu voluntad y que esto me hará feliz, sí, así es, ¡ahora se hace tu voluntad y esto me hará la persona más feliz de la tierra!

Aquellas páginas resbalaron de mi mano, mientras la otra aferraba con fuerza la colcha. Hundí la cara en la

almohada y lloré. Intenté reaccionar, pero me faltaban fuerzas. Sentí que mi cuerpo se hundía en un abismo y me di cuenta de que apenas podía respirar, era como si estuviera bajo el agua y me faltara el oxígeno, me faltaba el aire y me faltaba la Luz. Sin el Maestro, ya no podía sentir la energía de la luz verdadera. Mi impulso interior hacia el Espíritu, después de la experiencia de la Bienaventuranza, era tan fuerte que haría cualquier cosa, cualquier cosa para volver a sentirme así. En aquel terrible sentimiento de absoluto abatimiento, me di cuenta de que lo estaba haciendo mal, de que aquella no era la actitud correcta, y mucho menos utilizar a otra persona para alcanzar el propio propósito, por puro y espiritual que fuera. Uno no debe perder su identidad, su camino, no, eso no estaba bien. Me di cuenta de que eran formas absurdas de apego y, obviamente, estaba allí para trascenderlas.

El viento abrió la ventana, vi la línea del horizonte desaparecer en la distancia. El cielo y el mar se habían fundido en un todo, el todo que ahora me quería solo, mientras yo no quería estarlo.

Necesitaba reflexionar para comprender quién era, y un periodo de adaptación sin duda me beneficiaría antes de tomar cualquier decisión para mi vida.

Ese mismo día, en la parte final de mi meditación,

volví a ver al niño misterioso.

Ahora parecía mayor, quizá de unos catorce años. Estaba sentada en el suelo con otras chicas, a la sombra de un gran árbol. Su entorno había cambiado: la frondosa selva había sido sustituida por un paisaje yermo y siniestro, que al anochecer desprendía una sensación espeluznante. Govinda sostenía un libro contra las rodillas y de vez en cuando levantaba la mirada hacia el anciano de la barba. Oí que alguien le llamaba "Baba", y él, que en aquel momento llevaba un tocado rojo, respondió con la cabeza a los dos hombres que estaban a su izquierda. Llevaban una gran bandeja con velas. Todas las niñas se levantaron, y una a una fueron a buscar su lucecita. Durante la clase, de repente Govinda se dio la vuelta, me miró fijamente a los ojos e hizo un extraño gesto con la mano, sonriéndome. La giró varias veces y muy deprisa de derecha a izquierda con la punta de los dedos apuntando al cielo, como si aquel movimiento significara que no entendía o que no le importaba.

Inspiré profundamente y la imagen desapareció, pero sus ojos y su sonrisa permanecieron grabados en mi mente durante todo el día. No tenía ni idea de cuál era el significado de estas visiones, pero las emociones que sentía eran más reales que las que experimentaba en la vida real. Prácticamente ocurría que las escenas tomaban forma de manera autónoma, como fragmentos de una película proyectados en una

pantalla. Además, no sentía esa sensación de serenidad que suele acompañar a la meditación, sino que, por el contrario, oscilaba entre emociones y sentimientos que hacía mucho tiempo que no sentía o que quizá nunca había sentido. Me pregunté qué me estaba pasando y por qué había perdido el control de mí mismo. ¿Por qué percibía sentimientos que no me pertenecían? ¿Y quiénes eran aquel hombre y aquella niña?

Decidí que no se lo contaría a nadie hasta que tuviera una pista de lo que me estaba pasando.

Al cabo de una semana, nos mudamos a la nueva casa y empezamos a comprar los muebles y las cosas imprescindibles para nuestra supervivencia.

El dueño fue muy amable y nos ayudó a lidiar con la burocracia que en un sistema tan diferente al nuestro parecía otro misterio a desentrañar. La paciencia era una de las virtudes que los orientales habían cultivado mucho más que nosotros, adaptarnos a aquel sistema nos obligó a cambiar nuestra actitud ante las personas y la vida.

Volví a leer las notas del Maestro, había dos tanki idénticos y bastante grandes, las instrucciones decían: *'Coloca tus pies aquí y purifícate. De los pies descarga el exceso de lo que has acumulado'*.

Cogí las sábanas e hice exactamente lo que me dijo el Amo. Sentí una sensación de locura, sentí que me succionaban hacia abajo, en un momento incluso sentí dolor, hormigueo, pinchazos de alfileres bajo los pies y luego frío, como aire fresco que salía de las plantas de los pies.

¿Cómo era posible que a partir de dos hojas de papel se pudiera oír todo eso? Eran prácticamente como dos aspiradoras. ¡No! ¡Esto no puede ser verdad!

Si contara esta historia, ¡me tomarían por tonto!

¿Cómo voy a compartir todo esto?

Tal vez haciendo que otros lo prueben también...

será la única manera.





Capítulo 5

Ahora me sentía más ligera, evidentemente algo se había ido, desechado, ¡eliminado!

Mientras tanto, mi marido se desahogaba de otra manera. Ponía en práctica sus habilidades manuales construyendo un tendedero con unos conductos de plástico de electricista, un trabajo providencial. Lo aprecié especialmente cuando, debido a las repentinas lluvias monzónicas, nos evitó correr a la terraza para recoger la colada, con el riesgo de resbalar por las escaleras.

Pasó algún tiempo y, para ser más independientes, decidimos comprar una scooter de segunda mano. Poco a poco, los lugareños se acostumbraron a nuestra presencia. Nos veían zumbando en moto y nos saludaban, pero yo aún no me sentía preparada para tener un contacto más íntimo con los lugareños. Quería que todo sucediera de la forma más natural y espontánea posible. De momento, adaptarme al clima, a la comida, pero sobre todo a los altavoces atados a las palmeras, retransmitiendo el sermón del cura a las 4:10 de la mañana, ya era mucho para mi gusto.

Me senté en la veranda, tenía la sensación de haber hecho ese gesto innumerables veces, en mi corazón

todo me resultaba familiar. De repente, el silencio fue roto por una música en la lejanía acompañada de cantos repetitivos. Percibí aquellos sonidos, modulados por la dirección del viento, acariciando mis oídos. En aquel estado de paz, una gran alegría abrió mi pecho: era Govinda.

Esta vez la vi en la orilla de un lago persiguiendo alegremente a otra niña. Se perseguían y cuando una alcanzaba a la otra, se reían. Las vi darse la mano y girar despreocupadas. Llevaban la cabeza hacia atrás, con los ojos vueltos hacia el cielo. Pequeños pasos movían sus pies hacia el suelo, mientras sus esbeltos cuerpos se abandonaban a un movimiento circular sostenido sólo por la fuerza de ambas.

La imagen se desvaneció, pero aquella ronda festiva continuó en mi cabeza y en mi corazón. Me dejé conquistar por aquel sentimiento fresco y grácil de despreocupación juvenil, olvidando las dificultades de la edad adulta. Acepté aquel regalo de todo corazón, y en aquel alegre fluir subí a la terraza, cogí dos hojas de coco y las metí en casa. Me senté en el suelo y le propuse a mi marido que me ayudara a tejerlas para hacer dos manteles individuales. Nunca había hecho nada parecido y no sabía por dónde empezar, pero estaba segura de que juntos lo conseguiríamos. Mientras mis manos se movían y se volvían cada vez

más expertas, pensé en Govinda y sonreí.

Me alegré por ella y también por la otra chica. Sentía amor por las dos, pero no comprendía cómo esta visión podía adquirir tal intensidad.

Al final del trabajo, miramos con gran satisfacción nuestros manteles individuales, que en realidad parecían haber quedado bastante bien. Salí a la terraza a tomar el aire y, cepillándome la frente aún dolorida, me pregunté si las visiones se debían al golpe en la cabeza, cuando me distrajo un ruido de la calle.

"Hola, hola". El autobús escolar se había detenido al llegar a la puerta de nuestra casa, dejando paso a un coche. Unas niñas, al percatarse de mi presencia, empezaron a llamarme para saludarme. Respondí con un gesto de la mano y, cuando se asomaron por las ventanillas, pude ver sus caras radiantes. Sus sonrisas las iluminaban como un faro, hacían brillar su tez y realzaban su belleza. Parecían tan auténticas y puras, pero sobre todo tan diferentes de las chicas a las que mis ojos estaban acostumbrados.

Mi corazón se sentía íntimamente conectado al suyo. Vi a Govinda en ellos y de repente quise confiar en alguien. Ansiaba saber quién era esa niña y si alguien la conocía. Pero, ¿sobre qué base o con qué elementos podría describirla o hablar de ella? Fui a mi habitación

y reanudé la lectura de las páginas escritas por el Maestro, estaban numeradas y me di cuenta de que faltaban dos hojas. Seguí revisando, pero no pude encontrarlas. Decidí continuar de todos modos y, para mi asombro, leí lo que acababa de vivir.

"Sólo liberando tensiones se aligera el corazón y se abre a la armonía de la vida; las cadenas del hombre son pesadas de arrastrar, libéralas".

Los siete pequeños signos alineados en una secuencia, los escribí en tres hojas de papel separadas que coloqué una al lado de la otra. Me tumbé sobre ellos tal como los había escrito el Maestro. Permanecí allí unos diez minutos. Al principio actuaron a un nivel muy sutil y delicado, casi imperceptible, pero al cabo de unos minutos aumentaron su poder purificador. Liberé un bloqueo detrás del hombro izquierdo y en la parte baja de la espalda, y después algunas tensiones en el estómago. Me sentí mucho más ligero. Hice lo que me sugirió el Maestro, que era reforzar aquella limpieza con una afirmación: "Me libero de todo lo que me perturba".



Equilibrio de los chakras - Purificación

Empezando desde arriba **observa el tanki e inhala, exhala repite** mentalmente la palabra:

- **Jefe** (continúa de la misma manera para cada tanki)
- **Frente**
- **Garganta**
- **Pecho**
- **Estómago**
- **Vientre**
- **Sagrado**

Repite este ciclo dos veces más, luego cierra los ojos, inspira y expira: "**Me libero de...**", por ejemplo, de la ira, la tristeza, el estrés... o "**de todo lo que me molesta**".

Si te tumbas o colocas una mano encima del Chakra Balance, te aliviarás de la pesadez rápidamente.

Colocado bajo la almohada, libera la tensión, el pasado doloroso y el Karma durante el sueño.

Capítulo 6

No sé por qué aquellos ejercicios y experimentos me dieron tantas ganas de entrar más en mí misma y vivir la vida en plenitud. Mis ojos brillaban, por lo que quería verlos siempre; llenos de entusiasmo, amor, confianza y esperanza. Eran las energías que necesitaba, el alimento con el que nutrir mi alma, que por fin había salido tímidamente de la jaula donde la había encerrado durante años. Ahora la sinfonía armónica del silencio rodeaba su cabeza, el amor la vestía de rosa, la esperanza abría sus alas y la confianza la ayudaría a volar de nuevo.

Porque ahora ella confiaba en mí, nuestros corazones estaban embriagados por nuestra energía y la maravillosa oportunidad de estar juntos. Si la mente aplasta las aspiraciones del alma, le corta brutalmente las alas, y el conflicto se convierte en su pan de cada día. Nuestro ego a veces necesita ser redimido por la vida, para seguir creyendo lo que vive en nosotros. El amor no se puede comprender, entender o poseer, sino simplemente experimentar.

El dualismo nos ayuda a entender nuestras emociones, como la alegría después del dolor, la risa después del llanto, la curación después de la enfermedad, el perdón

después de un agravio sufrido, etcétera. De repente me di cuenta de que quería la suspensión, esa sutil transición entre un opuesto y el otro, para captar el origen del equilibrio dinámico que mantiene unida la vida. Quería lo que hay entre los opuestos. La clave tenía que estar ahí, en el intervalo que mantiene unidos a los dos opuestos. Nuestra limitación reside quizá en no reconocerlos como una experiencia única, quizá la separación sea una ilusión momentánea de la mente. Si odio es porque he amado, si sufro es porque he sentido alegría, si lloro es porque he sido feliz, si me despierto es porque he dormido. A menudo se presentan como experiencias aparentemente inconexas, pero estaban destinadas a existir tal vez para enseñarnos a trascender.

Comprendí que no se puede hacer nada para cambiar esta ley de la naturaleza: los opuestos son el hilo conductor de nuestras vidas, son las dos caras de una misma moneda. Esa medalla que ahora quería tener en mis manos.

Suspiré y, sin darme cuenta, me susurré: "Te quiero, te quiero, te quiero".

Sentí la necesidad de pronunciar esas palabras y dejarlas suspendidas en el aire.

Capítulo 7

El coche blanco estaba esperando delante de la puerta. El director del hotel nos había preguntado si podíamos posar para unas fotos que incluirían en su folleto. Eran fotos relacionadas con las prácticas de bienestar del centro médico del hotel, debíamos posar simulando ser los huéspedes que recibían los tratamientos. Llegamos al atardecer, cenamos y nos alojamos en una habitación muy bonita y espaciosa: nuestra cama era enorme y estaba adornada con una colcha dorada; Por la mañana, después del desayuno, estábamos listos para la experiencia. El fotógrafo y sus dos ayudantes se prepararon para montar la sesión de fotos, mientras nos entretenían el médico y el director del hotel. Cuando llegó mi turno, me condujo a una habitación una señora bastante mayor, acompañada a su vez por dos mujeres jóvenes; mientras me desnudaba, oí risitas y frases dichas en voz baja, lo que aumentó aún más mi vergüenza. Cuando llegué a quitarme la ropa interior, la mayor dio un salto para cubrirme con una toalla y me entregó dos pares de bragas de papel. Salí de la habitación con el entusiasmo de un condenado acompañado por un escolta. Las luces eran brillantes y me sentí terriblemente incómodo semidesnudo ante aquellos desconocidos. Así pasé las

dos horas más embarazosas de mi vida, sintiéndome completamente separado de mí mismo. Estaba cansada, tenía frío y hambre, pero para mi consternación me dijeron que aún no habíamos terminado, así que me fui a comer en albornoz y ungida con infinidad de aceites y esencias. Mi marido, bendito sea, ya había terminado y me preguntó por qué mi pelo seguía manchado de rojo y mi cara de verde. Me imaginé entrando así vestida en el comedor de un hotel de lujo, ante lo cual solté una carcajada. En realidad me estaba dando cuenta de que cada nueva experiencia era un paso hacia la liberación que me llevaba a la aceptación de mí misma; era como si un sutil plan estuviera tomando forma para ayudarme a llegar al centro de mi ser femenino.

De camino a casa pensé en la mañana que acababa de pasar y me di cuenta de que la vida de modelo no debía de ser tan agradable como parecía desde fuera. Me dolía la espalda por la cama de madera, mi pelo, a pesar de varios lavados, seguía grasiento durante días.

Entonces, por fin en la cama, de repente sentí que se me cerraba el estómago, tuve una sensación de peligro inminente. Entrecerré los ojos y la niña se me apareció de nuevo.

En aquella escena llovía a cántaros y Govinda estaba atada a

un árbol por la noche, empapada, con el pelo largo y desgredado y un vestido blanco que reflejaba la tenue luz. Aunque estaba oscuro, pude ver claramente que sus ojos aterrizados miraban algo en la oscuridad. Eran perros callejeros que la rodeaban mientras ella intentaba mantenerlos a raya dando patadas con los pies. Debía de ser algún tipo de castigo sádico y horrible. Sentí una profunda impotencia y frustración por no poder ayudarla.

La visión desapareció y me llené de consternación: estaba literalmente temblando de miedo. Reaccioné corriendo a la cocina y empecé a buscar algo de comer en la despensa. Tenía hambre, mucha hambre, que satisfaciera cogiendo la bolsa de anacardos. Mi marido descargaba fotos, mientras yo, aún muy tensa, me acercaba a él intentando decirle algo, pero me di cuenta de que aún no estaba preparada para confiárselo.

Capítulo 8

Aquella noche me dormí sin darme cuenta de que había dejado abierta la ventana, la de mi lado de la cama. El aire fresco me había congelado literalmente el sudor y por la mañana me desperté con dolor de garganta y fiebre. Así que decidí quedarme en la cama. A través de la ventana vi a un hombre descalzo con una vaca atada, que caminaba despacio y de vez en cuando se volvía para mirar las casas de la carretera. Levantó la cabeza y me sorprendió mirándole, me saludó y yo le devolví el saludo. El cansancio causado por el estreñimiento me mantenía en una especie de somnolencia y sin darme cuenta volví a deslizarme en mi visión interior.

Primero vi la larga melena de Govinda. Sentada de espaldas, parecía tranquila mientras su amiga la peinaba. Intentaba recogerse el pelo en una gruesa trenza, mientras las otras chicas la empujaban, burlándose de ella. Me di cuenta de que Govinda no respondía a las burlas de las otras chicas, sino que hacía gestos a su amiga y ésta la empujaba. De repente, me di cuenta de que nunca la había oído hablar y, como un rayo, un pensamiento cruzó mi mente. Sólo ahora comprendí la razón.

Sólo ahora comprendí por qué Govinda no podía

hablar.

Govinda ni siquiera era capaz de oír.

¡Porque Govinda era sordo y mudo!

Lo leí en sus ojos, cuando un velo de tristeza pareció oscurecer su rostro y toda su soledad se trasladó de ella a mí, y de nuevo, de mí a ella.

Percibí un silencio ensordecedor, un espacio íntimo violado y una sensación de desasosiego e impotencia invadió mi alma. Seguía sin entender por qué tenía que experimentar sensaciones que no eran mías, emociones y sentimientos que no me pertenecían, ¿por qué los vivía como si fueran míos?

Estaba totalmente angustiada por lo frustrante que debía de ser no poder comunicarme, experimentaba esa sensación de privación en todo mi ser.

Al salir de aquella visión, mi mirada fue captada por una mariposa amarilla y azul posada en el alféizar de la ventana. Me pregunté si ella también, al igual que yo, me estaría observando. Hermosa y sedosa, movía sus alas a cámara lenta, abriéndolas y cerrándolas muy despacio.

Se ofreció en toda su belleza, de pie sobre sus patas firmemente aferradas al alféizar de la ventana, mientras el viento y la lluvia volvían a arreciar a sus espaldas.

Volví a coger el paquete de papeles y vi surgir un pequeño marcapáginas en el que había dibujado un tanki. Lo giré unos instantes: estaba pintado con colores naturales, tal vez henna, un poco descolorido, pero el dibujo seguía siendo reconocible. Instintivamente puse la mano sobre él y sentí que me invadía una sensación de alegría.



La mariposa se alejó volando y volví a centrar mi atención en aquella habitación, en mí y en mi malestar. En cuanto dejó de llover, le pedí a mi marido si podía ir en patinete a la farmacia a comprarme medicinas y miel.

Le esperé con impaciencia e inmediatamente tomé dos cucharadas de miel cuando regresó.

También me dio una aspirina y un jarabe. Cuando volvió a la habitación con un vaso de agua, yo ya me había tragado la aspirina y el jarabe. Gritó: "¡Nooooo!"

¿Ya te lo has tomado?" y yo le contesté, "¿qué?", "la aspirina", "sí, ¿por qué?", "¡es efervescente! Tendrías que haberla puesto antes en el agua!".

Para entonces el daño ya estaba hecho. Al cabo de un rato empecé a tener retortijones de estómago alimentados por ese jarabe extra fuerte, ¡en resumen, una mezcla mortal!

Mi precipitación me había llevado a cometer una grave imprudencia, había echado combustible y fuego en mi estómago, y juntos habían provocado un gran incendio.

Y así, además de fiebre, dolor de garganta y una tos insistente, había aparecido un dolor de estómago. Llegué a la mañana siguiente completamente agotado, cuando, al despuntar el alba, apareció ante mis ojos incrédulos otro fragmento de la película.

Me di cuenta de que, de repente, me tranquilicé, me congelé y algo me preparó para convertirme en espectador de una proyección virtual. Aprendí a dejarme llevar.

Vi a muchas niñas dispersas en una habitación oscura con las paredes pintadas de rosa claro y el suelo gris. Estaban sentadas en el suelo, llevándose comida a la boca, que cogían con las manos de cuencos de madera. Govinda estaba sentada con las demás. En cuanto terminó de comer, se levantó y salió. Se dirigió a un

gran lavadero que había en el patio. Primero se enjuagó las manos y la cara, luego cogió un ánfora y, descalza, fue a buscar agua. El manantial brotaba directamente de una hendidura en la roca de un relieve cercano. El pequeño arroyo, donde Govinda mantenía los pies sumergidos, parecía haber tallado un lecho en forma de esse. El arroyo surcaba suavemente el terreno cubierto de hierba siguiendo la morfología natural del paisaje; podía ver piedras y grandes peñascos rodeados de arbustos, una gran roca oscura se alzaba redonda e imponente al fondo. A su regreso, Govinda vertió agua, llenando dos grandes pilas.

Las chicas salieron una a una, sosteniendo los cuencos que amontonaban en una mesa al lado del lavadero. Estaba anocheciendo, las lámparas de aceite iluminaban la escena.

Govinda empezó a lavar los platos, utilizando arena que esparcía y frotaba sobre los cacharros. Los mojaba a la izquierda y los enjuagaba a la derecha, y su amiguita la ayudaba secando los cuencos y apilándolos unos sobre otros. Algunas de las niñas jugaban y corrían, otras se entretenían alrededor del fuego quemando los restos de comida, hasta que una de ellas cogió una olla pequeña y, corriendo hacia el lavadero, la sumergió en el agua sucia. Luego se colocó detrás de Govinda y vertió el agua sucia sobre su vestido blanco.

Del blanco al marrón fue un instante. Algunos se rieron a carcajadas, otros la señalaron con el dedo y otros esperaron en silencio su reacción.

Govinda dejó lo que estaba haciendo. Cogió el cuenco de agua sucia con las manos, se volvió hacia ellos, lo levantó y, muy despacio y desafiante, se lo derramó por encima.

Ahora era ella con sus grandes ojos negros la que les miraba fijamente, divirtiéndose al provocarles, mientras ellos permanecían inmóviles e incapaces de reaccionar.

Govinda, completamente mojada y sucia, permanecía de pie con los pies sumergidos en el charco creado en el suelo, avanzando lentamente hacia su atónito público. El vestido, muy ligero, se adhería completamente a su cuerpo, casi como una segunda piel. Estaba prácticamente desnuda delante de todos.

Parecía una pequeña diosa de mármol. Me hubiera gustado cogerla de la mano y sacarla de allí, mientras su expresión transmitía pensamientos y palabras como: "cada día me mortificas, pero yo puedo hacerlo mejor que tú, ¡soy mejor que tú incluso en esto!

Aquellos pensamientos se abalanzaron sobre mí como un boomerang a toda velocidad. Me di cuenta de que acababa de captar la esencia de lo femenino, la extraordinaria fuerza de la mujer que, incapaz de escapar, es capaz de transformarlo todo, de convertir el mal en bien y de parirse a sí misma cada día.

Tuve la oportunidad de ver la verdadera belleza, la belleza del alma, la belleza que estalla en tu interior y que no puedes evitar revelar al mundo, incluso cuando

quieres desaparecer. Govinda era poesía sin rima, una fuerza misteriosa disfrazada de fragilidad, rendida a su poderosa esencia divina.

La visión de su inmaduro pero hermoso cuerpo se desvaneció, dejándome con el recuerdo de cómo lo había utilizado.

Una acción tan firme y decidida despertó en mí un fuerte deseo de reaccionar, de encontrar fuerzas para levantarme de la cama. Me di cuenta de que aún me aterrorizaba el recuerdo de una larga enfermedad, que en el pasado me había tenido secuestrado a mi cuerpo durante más de un año. Por eso la fiebre me asustaba tanto, porque en un momento dado, no hacía tanto tiempo, me lo había quitado todo. En aquel preciso momento me prometí a mí misma que nunca volvería a tener miedo. Ese día decidí que reaccionaría, que saldría de la vorágine de la autocompasión con la voluntad y la fuerza que sólo yo podía encontrar en mí misma.

Desde el exterior llegaba el catastrofismo habitual y que los hospitales estaban abarrotados de casos debido a la fiebre monzónica, pero yo seguía alimentando mi proceso de curación, con voluntad, optimismo y confianza, y a los pocos días estaba bien.

Capítulo 9

Durante muchos días más permanecimos en casa. Las lluvias monzónicas arreciaban y el viento no nos permitía mantener un paraguas abierto más que unos segundos. Como acababa de recuperarme de la enfermedad que me había aquejado, intenté soportar unos días de aislamiento y no abusar de mis fuerzas. Aquellos cambios de temperatura podían provocarme una recaída, mientras que yo deseaba volver cuanto antes a la normalidad, a mi búsqueda espiritual y tal vez ir a la tienda de Ambika. Reanudando mi lectura, me di cuenta de que el Maestro me indicaba que abriera un pequeño sobre adjunto a la página siguiente. Esto me entusiasmó mucho, porque estaba segura de que encontraría algo suyo. Me quedé asombrada al ver que era un medallón de plata con el grabado de un tanki. Un hermoso regalo que me demostraba que Él había pensado en mí y aún se acordaba de mí. Lo toqué con una mano e intuí que aún me quedaban unos pasos antes de encontrarme con Ambika, iría a verla si dejaba de llover.

Recordé una curiosa frase del Maestro: "*Si quieres ser fuerte, elige un adversario más fuerte que tú, derrótalo y serás imbatible*".

Siempre pensé que se trataba de una enseñanza orientada a los hombres, pero con el tiempo descubrí que nos libera a las mujeres de la inseguridad que se nos ha transmitido a lo largo de los siglos. Que nos llamen el "sexo débil" nos ha marcado, nos ha hecho creer que no somos fuertes, autónomas e independientes. Nos ha hecho vulnerables, en algunos países víctimas de violencia y abusos, o flores ornamentales sin voz ni derechos. El plagio que se había perpetrado durante siglos sobre nuestra falsa necesidad de seguridad y aceptación tenía que terminar. ¡Era el momento de enfrentarme a mi enemigo! El gran problema es que, cuando atravesamos una experiencia, no podemos ser objetivos ni racionales. Estamos tan metidos en ella que no vemos las trampas y los peligros a los que nos enfrentamos, y sólo después de haber sufrido las consecuencias nos damos cuenta de ello. Hace falta mucha fuerza para romper ciertas cadenas. Y sólo al final de una experiencia controvertida me di cuenta de que me había enfrentado a una prueba extrema, una prueba de fuerza mental, física y espiritual.

Todo mi ser fue colocado bajo un yunque y arrastrado a un profundo abismo. A pesar de vivir una situación tan difícil que no puedo relatar, no perdí el rumbo.

Apretando el timón con todas mis fuerzas conseguí salir airoso de un plagio que pretendía arrebatarme lo máspreciado. Fue fácil acabar en los periódicos y en todas las vallas publicitarias, tener al Ministro de Cultura como invitado en la inauguración de la asociación, ver fotos y carteles míos de cuerpo entero, y eso habría sido sólo el principio, si no me hubiera rebelado y respondido a esas constantes exhortaciones: "si no haces esto es que no eres espiritual", o, "si no asistes a este acto es que no eres lo bastante piadoso". Yo sabía quién era y me estaba convirtiendo, en nombre de una falsa espiritualidad, en lo que más odiaba. El Maestro me había escrito claramente que no delegara mis pruebas en los demás y así lo hice. Estaba en el centro de la ciudad almorzando en el restaurante de siempre. Me levanté y salí. La calle estaba llena de gente. Cogí el teléfono y llamé a este oscuro personaje y le grité con todo el aliento de mi garganta que no iría a la reunión y que no me volvería a ver. El hombre me contestó que ya había unas ochenta personas esperándome, luego me chantajeó utilizando la frase de siempre, que si no hacía lo que él decía significaba que no era lo suficientemente espiritual. Como la gente se había parado a mirarme, le grité: "Quiero ser una estrella del

porno", al otro lado oí silencio... y atacué. Volví al restaurante todavía conmocionada por lo que acababa de decir. Empecé a reír, al principio histérica y luego liberadora, lloraba y reía, no sentía nada. Miré a mi marido y le dije: "ya verás como no vuelve a llamarme". Me había dado cuenta de quién era mi enemigo y lo había vencido, lo había destruido, ¡lo había incinerado! Le dije a mi marido que había puesto fin a la colaboración y que ya no tenía ninguna intención de dejarme subyugar por aquel acosador. Él, conociéndome bien, sólo esperaba a ver cuándo me liberaba de toda aquella locura. Estaba en un país extranjero, sabía que tendría que sufrir represalias y os garantizo que las hubo, y muy fuertes, pero nada, nada vale más que la propia libertad. Por mi afán de difusión había perdido de vista mi persona, mi serenidad y mi amor propio. Esta tortuosa prueba del ego había sido superada y ahora tenía que volver al buen camino.

Pasaron un par de semanas difíciles, pero poco a poco todo volvió a la normalidad, gracias también a mi marido, que sacrificó tanto de su amor para verme feliz y realizada. Sin duda era más fuerte que yo, y por eso le admiraba tanto. Aunque era unos años más joven, era más maduro que la niña que vivía en mí.

Cerré los ojos, sintiendo todo el cansancio que había

acumulado durante ese tiempo, había entrado en un espacio paralelo para descubrirme a mí mismo y una verdad perdida. En ese pensamiento mi conciencia se abrió y como un libro volví a leer.

Vi a Govinda sentada con las piernas cruzadas bajo un gran árbol; con los ojos cerrados y las manos en el regazo, parecía suspendida del suelo. La envolvía una gran luz que bañaba su rostro suavizado por una sonrisa apenas perceptible. Me di cuenta de que a pocos metros, detrás de un seto, el hombre de pelo gris la observaba y se acariciaba la barba con suficiencia. A pesar de su aspecto hosco, pude leer en sus ojos que, a su manera, la apreciaba mucho más que los demás. El mundo silencioso de Govinda le intrigaba y por eso parecía estar estudiándola. Ella parecía serena, mientras que él, huraño, parecía un lobo hambriento. ¿Pero hambriento de qué? Me preguntaba qué buscaba en ella y, sobre todo, qué ocultaba. Un hombre se acercó por detrás de ella, se dio la vuelta y por primera vez vi su rostro con claridad. Sus terribles ojos me asustaron tanto que salí catapultado de la visión.

No pude desterrar esa mirada y empecé a inquietarme y a dar vueltas por la casa. Casi me caigo por las escaleras. Estaba sola en casa. Mi marido estaba en su clase de yoga y habría sido un problema si me hubiera resbalado por las escaleras en su ausencia. Aquel día, después de la experiencia que acababa de vivir, me

urgía salir, huir. Me vestí rápidamente y salí corriendo sin un destino preciso: sólo quería caminar y tomar el aire. Me asaltó el extraño impulso de salir, de correr, de escapar, y entonces aceleré el paso; el impulso era buscar algo, sentía que tenía que llegar a un lugar concreto, pero ¿cuál? ¿Dónde podría estar ese lugar? Bordeé el lado derecho de la carretera, escudriñando el paisaje con la esperanza de encontrar alguna pista, alguna señal que pudiera guiarme. El calor era insoportable y presentía que se avecinaba de nuevo una tormenta. Disminuí el ritmo, ya que el camino, ahora cuesta arriba, se estaba volviendo tan cansado que parecía una escalada. Me detuve al ver un sendero y, sin pensarlo demasiado, lo tomé. Caminé durante unos minutos observando la hermosa vegetación, cuando de repente llamó mi atención una canción que salía de un altavoz sujeto a un árbol. Levanté la vista para ver de qué dirección procedía. Siguiendo el suave ritmo de aquellos mantras, me condujeron a un claro. Llegué a un pequeño templo y a algunas mujeres reunidas en oración. Intuí que no era la dirección correcta y decidí no acercarme a ellas, así que volví sobre mis pasos. Volví al camino por el que iba y, aunque me resistía a desviarme del camino principal, debido a mi escaso sentido de la orientación, continué

por él con cierta agitación. Casi parecía como si quisiera perderme, guiarme sólo por mi intuición, mi alma, mi corazón. El sendero se estrechaba, al igual que mi vista, limitada por las sombras creadas por la densa vegetación; jadeaba por el calor y mis ojos lloraban por el sudor que goteaba de mi frente. Me detuve a recogerme el pelo y cuando levanté la cabeza se abrió ante mí una escena extraordinaria. A mi izquierda había un precioso estanque cubierto de nenúfares, frente a él un gran acantilado ovoide con una cascada y un arroyo. A mi derecha, vi una colina bordeada de pequeños huertos y un puñado de casas donde las gallinas deambulaban sin ser molestadas. Dos perros ladraban juguetones ante el umbral de una casa, mientras un niño se entretenía haciendo rodar un aro con un palo; una ráfaga de viento, un suspiro, y allí ante mis ojos, semioculto por el follaje, vi un tramo de escalones hechos de guijarros de piedra. Me detuve a mirar aquellos escalones, arruinados por el tiempo y el desgaste, quise sentir si debía subirlos o no; me di unos segundos para decidirme, cuando estuve seguro de la dirección, me di la vuelta para tratar de recordar el camino que acababa de recorrer y asegurarme de que nadie me seguía. La única presencia humana que percibí fue la de un joven en vaqueros y camiseta

blanca, que estaba sentado en un peñasco al borde del estanque, balanceando una pierna de un lado a otro mientras fumaba un cigarrillo. Miraba circunspecto a su alrededor y supuse que fumaba a escondidas. Me sonrió y yo le devolví la sonrisa. Poco después, un ruido detrás de mí me sobresaltó: era una anciana que arrastraba unas hojas enormes. Al verla tan delgada y encorvada, me resultó espontáneo correr hacia ella para ayudarla, pero antes de que pudiera darme cuenta de mi intención, ya me había alcanzado. Me agarró inesperadamente por la muñeca y, quizá para mi asombro, vi una especie de garra en lugar de una mano.

Un temblor me recorrió todo el cuerpo y, mientras intentaba zafarme, ella seguía zarandeándome como si quisiera sacarme de allí. Con una mano sujetaba sus hojas y con la otra, quizá sin darse cuenta, me sujetaba a mí.

Era evidente que no la entendía, pero ella insistió en hablarme. Cuando me hizo la fatídica pregunta: "¿Cómo te llamas?", le respondí "María", "¿Como Madre María?", "Sí, como Madre María". Por alguna razón dejó de hablar inmediatamente y empezó a mirarme de otra manera. La tranquilicé y, con algunos cumplidos, me alejé, preguntándome qué habría

querido decirme.

Muchos nativos se habían convertido al cristianismo, y yo los veía desfilar delante de la casa todos los domingos por la mañana, con la Biblia bajo el brazo y vestidos de gala.

Sin embargo, aún no me había acostumbrado a ver a Jesús representado en todas partes, como una estrella del mundo del espectáculo. Lo veía en lo alto de la caja del supermercado, rodeado de luces navideñas, esculpido en las puertas de las casas o pintado en los salpicaderos de los camiones y taxistas que pasaban. En resumen, en un país hindú, Jesús estaba representado en todas partes y mucho más que en el nuestro. Esto me pareció curioso.

Reanudé lentamente la marcha, di algunos pasos más, pero un fuerte desasosiego se apoderó de mí. Empecé a temblar y mi sudor, al principio caliente, de repente se volvió frío. Sentí que una espada me atravesaba el pecho, un dolor tan fuerte que me dejó sin aliento. Asustada, me pregunté qué me estaba pasando. Pensé en un desmayo debido a la presión o al gran calor y me detuve.

Intenté respirar, pero la opresión en el pecho era cada vez más fuerte. Entonces decidí darme la vuelta y empecé a bajar lentamente los escalones, cuando de

repente me sentí abrumado por un dolor y una tristeza mezclados con desesperación. Era terrible, un dolor del que no podía escapar. Permanecí inmóvil y, en cuanto empezó a desvanecerse, intenté acelerar el paso apretando las manos contra el pecho. Mis ojos se llenaron de lágrimas por el intenso dolor, pero a pesar de todo lo que me estaba ocurriendo, podía ver el panorama desde arriba.

En un estado de angustia total y con la vista nublada por las lágrimas, reconocí el estanque, la roca redondeada, el arroyo en forma de eses, y la cabeza empezó a darme vueltas. Me senté en un escalón y, sin apenas darme cuenta, empecé a gritar: "¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué razón? ¿Por qué razón me has hecho esto?". Podía sentir a Govinda dentro de mí. Lloraba y arremetía contra alguien, gritando "¿por qué? ¿por qué?", y yo también repetía sus palabras.

Sentí que el dolor, la rabia y la sensación de impotencia casi me estallaban en el corazón.

Cuando estaba a punto de explotar, decidí que era el momento de parar, de soltar todo ese dolor que no era mío, que se había vuelto casi incontrolable.

El cielo oscurecido por las nubes se preparaba para llover. En pocos minutos cayeron las primeras gotas de agua; y con gran dificultad empecé a caminar de

nuevo, sólo quería salir del tiovivo de las emociones, antes de hacerme daño. Estaba enfadada, furiosa, triste, asustada y agotada; llamé por teléfono a mi marido y le pedí que se uniera a mí en la moto en la carretera principal, en la tercera curva después de nuestra casa. En cuestión de segundos la lluvia se convirtió en aguacero, cubos de agua mezclada con arena caían sobre mi cara como bofetadas. Me ardían los ojos y caminar en ese estado era difícil.

Me quedé a un lado de la carretera temblando y asustada. Mi marido se esforzó por reconocermé: "¡Sube!", me dijo, "sólo te haces daño a ti misma, ¿lo entiendes o no? ¿Sales de una cosa para entrar en otra?".

Llegamos a casa completamente empapados y, en cuanto nos hubimos secado, decidí contárselo todo. Él, extremadamente intuitivo, se había dado cuenta de que yo llevaba mucho tiempo ocultando algo y sólo estaba esperando el momento oportuno para una confrontación y me dijo: "¡Te he visto hacer muchas tonterías últimamente! Sabía que tenía razón y me callé. Le dejé hablar un rato y entonces empecé: 'llegas a un punto en el que quieres alcanzar una meta, quieres saber la verdad y...', me paró y dijo '¿y, y, y qué? ¿Te caes y te haces daño? ¿O enfermas? O ¿tal vez te

plagian personas deshonestas?", me froté la cara y respondí: "sí, tienes razón, dejémoslo por hoy, por favor, estoy cansado. Comamos algo y descansemos. Mañana iré a la tienda de la mujer que me indicó el Maestro. Tal vez ella pueda decirme algo más, o confundirme por completo, a estas alturas ya no sé a quién creer ni por qué estoy aquí".

Capítulo 10

A la mañana siguiente me preparé y llamé a un taxi. Negocié con el conductor una tarifa plana para toda la mañana y aproveché para hacer algunas compras. Cuando llegó, noté que su cara me resultaba extrañamente familiar. Le dije la dirección de la tienda y le pregunté si podía bajar el aire acondicionado. El hombre intentó entablar conversación varias veces, pero yo, que tenía pocas ganas de hablar, hice todo lo posible por evitar cualquier discurso. Miré por la ventanilla, tratando de eludir su mirada, que veía fijarse en mí por el retrovisor. Recordé un viaje que había hecho no hacía mucho. Estaba sentada en un tren, repasando material para un curso, pero el hombre que se sentaba enfrente no paraba de moverse, haciéndome perder la concentración. Me sentía perturbado por su comportamiento agitado y no conseguía hacer nada. Resignado ante la imposibilidad evidente de no poder seguir leyendo, cerré los ojos y me dormí. Soñé con una batalla ambientada en la Edad Media. Podía ver claramente los estandartes, las espadas relucientes y las víctimas heridas del tumulto de los enfrentamientos. Al fondo vi un palacio en llamas y en el gran atrio a una mujer de largos cabellos

rubios. Llevaba un vestido blanco y permanecía consternada y petrificada ante aquella carnicería. En ese momento, vi que un soldado con una gran espada avanzaba hacia ella y la apuñalaba sin piedad en el vientre. Me desperté de un sobresalto y me sorprendí al encontrarme en un tren en marcha. Cuando volví en mí, vi que mi vecino se había marchado. Probablemente había bajado del tren mientras yo dormía. Todavía un poco agitada por aquel extraño sueño, pensé que tal vez me había dejado influir por el aspecto de aquel hombre, pero ¿quién no lo haría? Viajaba sola, sentada frente a un hombre bien afeitado, tatuado, nervudo y vestido con un traje de camuflaje. En cuanto terminé mis comentarios, regresó con el móvil en la oreja, se despidió y volvió a sentarse; desde entonces, para mi sorpresa, no dejó de hablarme. Me contó que era un soldado profesional, un mercenario, que había pasado la mitad de su vida en la guerra y que llevaba consigo una carga de traumas y una historia humana ciertamente poco común. Sólo más tarde me di cuenta de que estaba escuchando las confesiones de un hombre que había matado para ganarse la vida, y yo, que incluso me cuidaba de no pisar hormigas, había permanecido impasible escuchándole.

Me habló del agotador entrenamiento, de los interminables días sin dormir, de las anfetaminas, de su papel como francotirador, de lo que se siente la primera vez que matas a alguien y luego de la indiferencia, de la incapacidad de volver a sentir sentimientos reales, de los meses pasados en el desierto, entre el remordimiento y la soledad; y finalmente del amor y de la decisión de dejar esa vida y hacer algo social. Fue como si aquella avalancha de palabras se deslizara sobre mí sin que pudiera sentir nada; a pesar del alcance y la intensidad de aquel diálogo surrealista, me encontré inmune a sus emociones. Volvía con sus padres completamente ajeno a su trabajo, a los que había comprado una casa, no, de hecho, toda una colina. Pero hacia el final de su historia ocurrió algo que dio la vuelta por completo a la situación.

Muy serenamente añadió: "Lo he dejado todo, he cambiado de vida, pero la Orden, eso no, a eso le he jurado fidelidad". Al oír estas palabras, sentí una oleada de energía muy fuerte que me subía desde los pies e, inmediatamente después, un tremendo malestar. Ya estamos otra vez. Otra vez el karma, el pasado maldito persiguiéndome y queriendo ser trascendido. Me miró a los ojos y me dijo: 'He decidido

no matar más a nadie, pero ya sabes, de la Orden no se puede salir fácilmente, porque hay secretos que no se pueden revelar'.

Al oír esas palabras me estremecí e instintivamente me llevé ambas manos al vientre, como para protegerme de él; su arrebató sobre la Orden Secreta continuó sin apenas dejarme respirar, el pasado mezclado con el presente, mientras el tren pasaba a toda velocidad y mi corazón latía con fuerza. Sentí dolor, mucho dolor y tristeza, y luego una sensación de náuseas, de sufrimiento físico, de inquietud. Odié a aquel hombre e inmediatamente perdoné a aquel hombre que me había hecho tanto daño, tanto daño. Sentí la maravillosa energía del perdón, la gracia del perdón, que partía de mi corazón y llegaba hasta él.

El perdón que me liberó de ese viaje al pasado ocurrió en el presente. Todo sucedió muy deprisa y de forma inconsciente. Mi corazón rebosaba compasión y empecé a relajarme cada vez más, cuando de repente, un frenazo nos sacudió y se dio cuenta de que había llegado. Me cogió la mano y me dijo: "Gracias por escucharme y no juzgarme, buena suerte".

Sin previo aviso, el pasado había aparecido y se había ido por donde había venido. Me quedé allí sentada, inmersa en un torbellino de sensaciones, quizá

demasiadas para manejarlas todas a la vez. Mi mirada seguía el pasado alejándose de mí a través de la ventanilla, mientras el tren reanudaba indiferente su viaje hacia el presente. La vida, ahora aliviada de otra carga, podía continuar con un equipaje más ligero. Con menos miedo, menos dolor, menos tensión.

Ahora estaba en otro tren, en otro viaje, y mi existencia avanzaba en una dirección extraña e imprevisible: pero ¿cómo podía evitarlo? ¿Podría arrojarme del tren en marcha? Entonces, ¿qué sentido tiene huir, si todo nos lleva hacia donde vamos? Al fin y al cabo, los errores, los encuentros y las experiencias son quizá las únicas realidades que nos enseñan algo auténtico. Tuve que aceptarlo.

Cuando llegamos a la ciudad, hice que me dejara delante de la tienda y le dije que le llamaría. Entré en la tienda de Ambika, en realidad llamarla tienda era un poco exagerado, aunque, por el nivel del lugar, podía considerarse agradable.

Las telas y prendas más vistosas se amontonaban unas sobre otras en las estanterías, algunas incluso estaban apiladas en el suelo. Al entrar reconocí inmediatamente el típico olor a insecticida, característico de las tiendas de ese tipo;

Al oír el timbre que colgaba de la puerta, una joven se

asomó desde detrás de una cortina. Al acercarme, me reconoció e inmediatamente corrió hacia mí con un arrebato afectuoso, tan bienvenido como inesperado. Era la misma chica que me había confeccionado el vestido turquesa encargado por el Maestro. Afortunadamente hablaba inglés y pudimos charlar. Le pregunté si se llamaba Ambika y me respondió que era el nombre de su abuela. Me fijé en la estatuilla y el casete que había sobre el mostrador y tuve la confirmación de que estaba en el lugar correcto. Introduje la tarjeta. Le dije que el Maestro me había pedido que buscara a Ambika y si ella sabía algo de él. Me contestó que no y me aconsejó que volviera después de comer para reunirme con su abuela.

Salí de la tienda y caminé hacia la calle principal. ¡Qué desastre! Todavía no hay aceras debido a las obras. Así que era realmente peligroso caminar sin correr el riesgo de ser atropellado.

Para obviar el calor y los peligros de la obra en curso entré en varias tiendas, sobre todo en las que tenían aire acondicionado. Hice algunas compras y luego me dirigí a un restaurante que ya conocía. Pensé que no me sentiría incómoda volviendo allí sola. Un camarero me reconoció y fue muy amable y considerado conmigo, al contrario que el dueño, que había

resultado ser bastante brusco e incluso tacaño, ya que me enteré por el camarero de que ¡se quedaba con sus propinas! Aquel día fui testigo de una escena entre surrealista y grotesca. El restaurante estaba siempre muy poco iluminado y, mientras esperaba mi segundo plato, empecé a mirar a mi alrededor para pasar el tiempo, esforzándome por ver algún detalle digno de atención. De repente vi una gran rata corretear por la sala, pasando por debajo de la mesa de una tranquila familia.

La rata se dirigió a la puerta principal, que se había quedado abierta a causa del calor, y salió. Los cuatro asombrados comensales se levantaron mientras el cabeza de familia, un señor muy distinguido, empezó a gritar en dirección al dueño. Los demás respondieron del mismo modo, mientras los clientes y los camareros se mostraban evidentemente avergonzados. La gente empezó a levantar la voz, primero dando la razón a uno y luego al otro, y aunque no entendí ni una sola palabra, supuse que la familia, molesta por lo ocurrido, tenía intención de marcharse sin pagar. El dueño no estaba en absoluto de acuerdo e intentó excusarse gritando sus razones más alto que ellos. Quizá fui el único que no se quejó. Terminé de comer lo que había empezado y cuando fui a la caja, para mi sorpresa, el

dueño se disculpó y extrañamente no me cobró nada. Salí un poco aturdido y antes de llegar a la tienda di un corto paseo estrictamente a la sombra. Aunque había tenido mucho cuidado de no caminar bajo el sol abrasador, llegué sudando. Me senté en un taburete junto al mostrador durante unos minutos, secándome la cara con un pañuelo de papel.

La chica me dedicó unos minutos y luego me pidió que la siguiera a la parte de atrás, donde me esperaba su abuela.

Apareció ante mí una mujer menuda, con el pelo lacio y blanco, recogido detrás de la nuca; iba envuelta en una túnica amarilla dorada y estaba sentada frente a una taza de té. Me saludó a la manera convencional, con las manos cruzadas, y yo le devolví el saludo. Tenía los ojos brillantes, la tez más bien pálida y los pies descalzos con dedos pequeños; sus muñecas estaban adornadas con muchas pulseras doradas. Con la mano me hizo señas para que me sentara frente a ella; después de las cortesías de rigor, me mostró una fina bufanda de cachemira y otras muchas más hermosas. Las sedas bordadas con hilos dorados y adornadas con perlas se utilizaban para confeccionar vestidos de novia; las mezclas sintéticas, para mujeres corrientes, y el algodón, para niñas y adolescentes. Me

preguntó mi nombre y qué sabía del manuscrito y de ella, y le dije la verdad: "nada". Ambika cruzó los dedos y se llevó las manos al regazo, adoptó una expresión pensativa, luego levantó el dedo índice y repitió varias veces las mismas dos palabras: 'Uno, diez, uno, diez'. La última falange de su dedo índice estaba ligeramente doblada, quizá debido a la artritis.

Y añadió: "Los diez aspectos del uno están en la mujer que abre todas las puertas. Sólo una tiene la llave de las otras que ya la contienen".

En aquel momento eran palabras incomprensibles, porque aún no estaba preparada para lo que aprendería en el futuro. Bajé la mirada, mostrando mi evidente dificultad. Ella, que tenía todo el aire de querer terminar su introducción, me miró y con una sonrisa desarmante dijo: "Pronto lo entenderás. "Querido, recuerda que sin uno las puertas permanecerán cerradas. Si el Maestro te ha elegido, es porque te ha estado siguiendo durante mucho tiempo y debes saber que sigue estando muy cerca de ti, más cerca de lo que imaginas".

La interrumpí para preguntarle adónde había ido y por qué había desaparecido en el aire, ya que yo tenía que hacer algo con Él o para Él. Ella dio una sonora palmada y yo jadeé. "¿Todavía no lo entiendes? Pronto

sabrás la verdad, pero soy yo quien debe prepararte para esta verdad, de lo contrario te llevarás el primer soplo de viento. Hay fuerzas que no quieren permitir que nuestro despertar y la verdad salgan a la luz, y es por esta razón por la que siempre nos han hecho daño; te buscó para protegerte, pero tú mismo no puedes evitar lo que has escrito. Recordé los últimos acontecimientos y suspiré. A sus palabras respondí con una pregunta: "¿Puedo preguntar qué me he escrito?"

No me respondió, pero apoyándose en la pared se levantó lentamente y me pidió que la siguiera. La larga y estrecha habitación del fondo estaba dividida por una cortina de color naranja oscuro, en la que observé un gran dibujo dorado. Ambika descorrió suavemente la cortina y yo la seguí con cierto temor.

Enseguida me llamó la atención una hilera de imágenes alineadas en una estantería, visibles gracias a cinco pequeñas velas. Debido a la escasa iluminación, el tono rojo prevalecía sobre los demás colores, un intenso perfume dulzón me embriagó. Era el mejor incienso que había olido nunca. A mi derecha observé un pequeño armario de madera con incrustaciones, mientras que en el suelo una alfombra de estilo persa sostenía grandes cojines de colores tornasolados; estas

pocas cosas constituían el único mobiliario de aquella diminuta habitación. Ambika separó una figura de las demás y la colocó en el centro; permaneció meditando unos instantes, luego tomó la bandeja en sus manos, colocó sobre ella las cinco velas y el incienso, y la movió lentamente, haciendo pequeños círculos a derecha e izquierda. Me indicó que permaneciera detrás de ella con las manos cruzadas y en silencio, y así lo hice.

Entonó una oración, creo, y luego colocó la bandeja en el estante, me sentó en un cojín y dijo: "Voy a iniciarte en el yoga de las manos y a hacer lo que me pidió el Maestro. No debes tocar el manuscrito hasta que hayamos terminado y señaló el armario".

Le contesté: 'De acuerdo, haremos lo que el Maestro haya decidido, pero que sepas que me quedaré aquí dos meses más, luego me quedaré un mes en casa y volveré'. "Ese es el momento adecuado, no te preocupes. Lo haremos así: tú te encargarás de que te vea cada tres días, durante otras once veces; si todo va bien suspenderemos los encuentros y te daré lo que has venido a buscar". Asentí, porque en el fondo sabía que tenía que cerrar este círculo. Me sentía muy extraño, tal vez había llegado el famoso vacío; estaba como vaciado de todo, ya nada me importaba. Ya no

me interesaba saber, ni buscar ni encontrarme, ni interpretar ni comprender; ya no tenía ningún deseo, ya ni siquiera me sentía allí. Seguramente ese era el momento adecuado para dejarlo todo atrás y seguir mi camino.

Ambika llamó a su sobrina e inmediatamente pasó las páginas del calendario y dijo: "Os quiero a las dos juntas aquí a las 14.30 del veintidós de julio", a lo que yo simplemente respondí: "De acuerdo, gracias, allí estaré".

La niña me miró sorprendida, pero a su vez asintió. La abuela cogió un plátano pequeño de una cesta de fruta, me lo dio y me dijo en tono perentorio: "Si te lo comes después de comer te ayudará a hacer la digestión, pero sólo estos pequeños, ¿entendido?". Sonreí, di las gracias y me despedí. Metí mi oferta en la caja y en cuanto estuve fuera llamé al taxista, que llegó en muy poco tiempo.

Una vez en casa me duché y esperé ansiosa a que mi marido le contara todo. Cuando llegó me di cuenta de que estaba bastante cansado, quizás por primera vez me di cuenta de que realmente estaba haciendo muchos sacrificios para aprender la antigua disciplina del yoga. Me contó su día y que por la tarde incluso había sustituido al profesor en una clase intermedia y

en inglés. ¡Supongo que debió de ser toda una odisea para él! Le hablé de mi encuentro y de que tendría que empezar un cursillo antes de poder tener lo que el Maestro me había dejado. Tumbado en la cama, recordé las palabras de Ambika y aquellos dos números resonaron en mi mente. Uno, diez, uno, diez, ¿por qué me sonaban tan familiares? Por supuesto. Qué estúpida fui, sólo ahora me daba cuenta: uno diez eran los números de mi fecha de nacimiento, tal vez fuera sólo una coincidencia, una estúpida coincidencia, o tal vez el Maestro se lo había dicho, ¡quién sabe! Cerré los ojos y me dormí.

Capítulo 11

Por la mañana temprano, reanudé la lectura de los escritos que me había dejado el Maestro y llegué a un nuevo pasaje, en el que me daba un remedio que me ayudaría a liberarme del exceso de estrés. El Maestro me había transmitido el Tanshui y ciertas prácticas para ayudarme en su ausencia. Acababa de empezar mis ejercicios, cuando en una relajación, me dejé caer sobre un cojín y me dejé llevar una vez más por mi visión interior.

Vi a Govinda, que estaba sentada en círculo con los demás, frente al sacerdote. Estaba sentado en su gran silla de madera; a su derecha había guirnaldas de flores tendidas sobre una estera, a su izquierda una bandeja llena de pergaminos. Llamó a las chicas una por una, las adornó con un mala de flores y les entregó un pergamino. Oí algunos nombres como Sadini, Kumari y finalmente Govinda, que se acercó a él, acompañada de Shila. Poco a poco, la ceremonia llegó a su fin y cada uno de ellos dio las gracias a los demás juntando las manos en la frente. El viento soplabla con fuerza, lo notaba por la forma en que sus cabellos y saris ondeaban en el aire. Las vi aplaudir y cantar juntas mientras el cielo se oscurecía y amenazaba, hasta que muchas nubes se superpusieron a los últimos rayos del sol.

El sacerdote se levantó y sus ayudantes levantaron

inmediatamente la gran silla y se la llevaron. Mientras se alejaban, empezó a llover y las jóvenes recogieron sus pergaminos y se dirigieron rápidamente bajo el toldo de la casa para proteger sus regalos; todas menos Govinda, que permaneció sentada bajo la lluvia, meciendo el torso de un lado a otro al ritmo de sus cánticos silenciosos. Levantó repetidamente la mirada al cielo mientras el kajal goteaba por su rostro. Luego se levantó y empezó a bailar bajo la lluvia, sin importarle que sus pies se hundieran cada vez más en el barro y que su vestido de fiesta se manchara. Las otras chicas la miraban desde el porche, mientras ella, con los ojos cerrados, seguía bailando. Por un momento pensé que estaba llorando, pero tal vez era sólo la lluvia, porque de repente su rostro se iluminó de felicidad. Estaba dando vueltas, continuando sola su danza; entonces empezó a sonreír, levantando los brazos hacia el cielo, dando vueltas y riendo, y cuanto más reía, más se estiraba hacia el infinito. Shila corrió hacia ella y también lo hicieron los demás. Todas se reunieron formando un círculo a su alrededor y participaron en aquella danza improvisada. Se dieron cuenta de que la naturaleza, a través del sonido del viento, les regalaba música para bailar, la lluvia, por su parte, marcaba el ritmo a seguir; bastaba dejarse llevar para alcanzar la felicidad, confiar en el corazón y en la naturaleza, eso bastaba para sentirse vivo.

Eran tan alegres y despreocupados que ese estado de ánimo no podía sino contagiárseme.

Cuando todo parecía llegar a su clímax, Govinda se desplomó en el suelo. La vi inmóvil en el barro, con los ojos muy abiertos y los miembros agarrotados, y una extraña sonrisa en la cara. Estaba claro que algo le ocurría y que ya no estaba allí. Las chicas se acercaron, formando un corro alrededor de aquel pequeño cuerpo frío y rígido. La tocaron y la sacudieron varias veces, cuando los dos ayudantes del cura se acercaron y se la llevaron rápidamente.

La visión se desvaneció, dejándome con una sensación de aprensión sobre su destino, me entró la ansiedad de querer volver a subir aquella colina y subir a lo alto de aquella escalera para averiguar qué había allí, pero una voz interior me sugirió que lo dejara pasar, que no insistiera y que el pasado estaba en el pasado. Tenía claro que estaba muy cerca de algo, lo sentía, lo sabía, lo intuía.

Capítulo 12

Los días pasaron tranquilos y la gente del lugar empezó a invitarnos a su casa. Fue muy inspirador e interesante ver cómo familias pertenecientes a distintas religiones podían verse sin problemas.

Entonces llegó el fatídico día de mi primer encuentro con Ambika. Decidí que esta vez llamaría a un *tuc tuc* para ir a la ciudad. Al ser la primera cita, no sabía cuánto tiempo tendría que quedarme en casa de Ambika y no me parecía bien hacer esperar a un taxista. Cuando llegué a la tienda crucé el umbral con un poco de sobresalto. La tienda estaba cerrada al público y esa era probablemente la razón por la que Ambika quería vernos juntos y a esa hora. Fuimos a la parte de atrás, me quité los zapatos y Saniya me hizo un gesto para que la siguiera a la pequeña habitación que había al otro lado de la cortina. Al ver aquella cortina, una ligera aprensión se apoderó de mí, era como si hubiera adivinado que en el acto de abrirla y traspasarla, podría cruzar el umbral del tiempo y del espacio. Ya estaba seguro de que aquel dibujo era el del Maestro. Una vez más allá, me sentí en una dimensión paralela, el entorno excesivamente pequeño me dio una inesperada sensación de espacio,

libertad y serenidad. El primer encuentro fue introductorio y terminó con un gesto de la mano (o mudra), agua y una afirmación.

Aún aturdido, Ambika me indicó que realizara los ejercicios tres veces al día, por la mañana, por la tarde y por la noche. Esto serviría para fortificar en mí la primera cualidad interior que tenía que despertar e integrar. Con Saniya realicé algunas posturas de estiramiento en una esterilla particular que, más tarde, me di cuenta de que ya había experimentado en las notas del Maestro. Les di las gracias a ambos y salí; en cuanto llegué al lado opuesto de la calle levanté una mano para parar el primer taxi libre y volver a casa. El reloj del salpicadero del conductor marcaba las dieciséis y cuarto, por lo que la reunión había durado aproximadamente una hora y media: ¿por qué parecía mucho más corta? El tiempo había pasado volando.

Aquella noche estaba bastante animada y le propuse a mi marido salir a celebrarlo. Decidimos pasar juntos una velada tranquila en el pueblo de la playa. Después de cenar me llevó a una bonita tienda y me regaló un anillo de plata con un granate y también unos cristales. Me acordé de un extraordinario diseño del Maestro que servía para purificar las piedras. Podría haberlo utilizado para limpiar los cristales y el anillo y

ponérmelo al día siguiente.

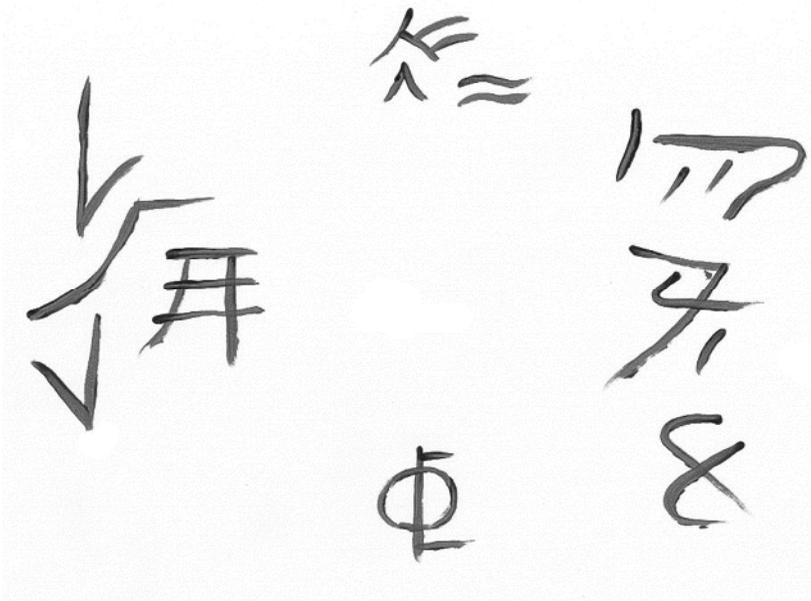
Reanudamos nuestro paseo; el mar de noche era impresionante, negro y moteado con las luces de las barcas de los pescadores reflejándose en el agua.

Nos sentamos a charlar mientras respirábamos el aire sano y agradablemente fresco de la brisa marina, me sentí como si hubiera retrocedido en el tiempo.

Nos sentimos libres para ser nosotros mismos, con total sencillez, y esa noche me di cuenta de que él también empezaba a apreciar más el lugar que tanto nos había desafiado, pero que también nos había hecho libres para ser por fin nosotros mismos.

Limpiador Cristal

Colocar el cristal o la joya en el centro del circuito durante 5 minutos para devolverle su pureza original.



Capítulo 13

El agua del pequeño lago cercano a la casa era clara y muy tentadora. Llevaba varios días queriendo zambullirme, pero cada vez que me disponía a bajar al claro algo me lo impedía. Aquella mañana, durante mi paseo diario, me detuve a contemplar el tentador estanque.

Recorrí con la mirada aquella clara masa de agua hasta que vi una sombra oscura y alargada que se movía justo bajo la superficie. Si podía verla desde aquella distancia, significaba que su tamaño era considerable. Tal vez fuera una serpiente, o una culebra, en cualquier caso era algo poco tranquilizador. Si el agua no hubiera sido tan transparente, lo más probable es que nunca hubiera reparado en ella; ¡demonios, hasta un estanque aparentemente tranquilo escondía sus trampas!

Afortunadamente todavía tenía buena vista y sobre todo estaba centrado, de lo contrario quién sabe lo que me podría haber pasado. Probablemente nada, tal vez sólo un susto, pero afortunadamente había tenido la oportunidad de elegir qué hacer. Llegué a una gran roca que había detrás del templo, cerca de la casa.

Desde allí pude disfrutar de una vista realmente maravillosa: la selva, las verdes colinas, el mar y el cielo

infinito. Allí sentada, tuve la oportunidad de contemplar la naturaleza y mi Ser al mismo tiempo. En cuanto cerré los ojos, una visión interrumpió la quietud de mi meditación.

Govinda se me apareció y la visión fue desconcertante. La vi acurrucada sobre una estera en un rincón de una habitación oscura; estaba sucia, con el pelo corto y desgreñado. Mantenía la mirada fija en una ventana por la que entraba una tenue luz. El resplandor de la luz iluminaba un cuenco vacío situado a su izquierda. Sus brazos enjutos estaban marcados por varias heridas; un vestido sucio y arrugado apenas la cubría, sus ojos perdidos en el vacío parecían ausentes. La puerta se abrió y Shila entró acompañada por uno de los asistentes; llevaba una bandeja en la que estaban colocados un cuenco de arroz y otro lleno de agua en el que flotaba una flor de loto. La muchacha cogió un paño, lo mojó en el agua y, ante la total indiferencia de Govinda, empezó a lavarlo. Por sus ojos y su maltrecho cuerpo se veía claramente que llevaba mucho tiempo encerrada. Shila empezó a limpiarla pasándole el paño húmedo por el cuerpo, que se había vuelto frágil por la mala alimentación y la violencia que había sufrido. Cuando pasó a las piernas, vi dos grandes cadenas que le bloqueaban los tobillos y comprendí la razón de su inmovilidad. El dolor que sentí me desgarró por dentro. Su mirada era apagada y carente de energía y su resignación fue una bofetada a mi alma. Estaba en estado catatónico mirando

fijamente los barrotes de la ventana que la separaban de la libertad, aunque fuera no había libertad para ella. Agarré la zapatilla que se me había resbalado y bajé justo a tiempo. Miré el mar a lo lejos con el corazón tan pesado como un canto rodado; una niña que jugaba con su hermano a unos metros de mí me saludó. Se acercó a mí y quiso ponerme a toda costa una pulserita que había hecho, y sólo cuando lo hubo hecho se marchó satisfecha. Me di cuenta de que mientras tanto su padre nos fotografiaba y se lo permití. Aunque después de todo lo que había pasado lo último que quería era que me fotografieran. Mientras tanto mis pensamientos estaban en Govinda y sólo tenía el deseo de salvarla, tenía que hacer algo, ¿pero qué?

Esa inercia me impulsó a levantarme y ponerme manos a la obra, fui a casa y empecé a escribir algunas notas sobre la práctica de la meditación. Mi marido llegó hacia las dieciocho; estaba muy cansado y tenía que estudiar yoga. Ahora, cuando preparaba sus lecciones, adoptaba una actitud disciplinada y estricta y ay de quien le tomara el pelo o se burlara del yoga.

Nos preparamos para ir en moto a la ciudad a comprar una manta. Fuimos a un bazar del centro de la ciudad con la intención, una vez llegados, de parar también a cenar. Compré una cálida y suave manta de forro polar

verde con hojas de color crema dibujadas y un poco de tinte para el pelo. Recorrer la ciudad en moto me dio la oportunidad de ver más cosas y, si lo deseaba, detenerme a curiosear. Mirando a mi alrededor vi un restaurante chino y le propuse parar. Él aceptó y yo me alegré mucho. Aparcamos y entramos en el restaurante. Puertas lacadas en rojo decoradas con dragones dorados en relieve y un ambiente extremadamente kitsch, justo como me gustaba. Nos sentaron en una mesa cerca de la ventana y pedimos, por consejo del camarero, algunos platos. Esperamos una eternidad y, cuando por fin llegaron los fideos de arroz, estaban insípidos y pegajosos y, para ser sincera, los habría tirado de buena gana contra la pared de enfrente. Mi marido, en cambio, se conformó con su arroz y sus verduras y los disfrutó mientras escuchaba mis protestas por los dos platos incomedibles y completamente insípidos. Le pedí un poco de salsa de soja, pero nada cambió y cuando se dio cuenta de que empezaba a mirar fijamente sus verduras empezó a decir: "¿es posible que siempre pidas cosas que no te gustan?", "no lo hago a propósito", le contesté, "¡siempre me dan lo contrario de lo que espero!", "pues toma un poco de mis verduras, si no estaremos aquí toda la noche".

Salí del restaurante prácticamente hambriento, así que paramos en un sitio tipo pastelería, que era bastante agradable y tenía unas cuantas mesas fuera.

Nos dimos cuenta de que se había nublado y decidimos apresurarnos. Para llegar los primeros, tuvimos que hacer slalom entre los coches, esquivando carros, bicicletas y rickshaws. Nos lanzamos a una loca persecución en el delirante tráfico de una ciudad que nunca duerme.

Por no hablar de los autobuses. Muchos mantenían las puertas abiertas, dejando que los pasajeros saltaran con prisas, por lo que de repente te los encontrabas delante poniendo en peligro sus vidas y las nuestras.

En realidad, aquella aventura un tanto temeraria me divirtió mucho. Mi marido era tan bueno que, cuando llegamos a un semáforo con cierto garbo, unos niños nos aplaudieron.

Cuando llegamos a casa nos encontramos con una sorpresa. Un gatito negro muy desaliñado y hambriento nos esperaba en el felpudo. Inmediatamente buscamos comida para alimentarle y le dejamos dormir allí. Desde entonces fue nuestro gato. Al día siguiente, me quedé en casa para cuidarlo y hacer la limpieza y la colada. Como no tenía lavadora, tuve que lavar nuestra ropa y toallas a mano, mientras

le esperaba para las sábanas. No es que fuera difícil lavarlas, pero sí escurrirlas y tenderlas. Yo por un lado y él por otro, girábamos la sábana en las dos direcciones opuestas hasta que ya no teníamos fuerzas, ese era el ciclo de centrifugado. Además, teníamos que estar alerta todo el tiempo, pendientes del tiempo y preocupados por las lluvias repentinas. Nunca como en aquellos meses lamenté tanto la lavadora. Después de tender la colada, cuando el tiempo lo permitía, hacía mi rutina de ejercicios en la terraza.

Pensé en el tour de force al que se sometió mi marido, a pesar del calor y la gran humedad, ¡haciendo más de seis horas diarias de yoga! Yo, por el contrario, estaba cocida después de media hora.

De vuelta en casa, me permití una ducha fresca, me cambié y empecé a ordenar el dormitorio. En el fondo del armario encontré una caja que había comprado hacía tiempo con una docena de pequeños envases de aceite perfumado. El perfume, incluso el más intenso, se desvanecía con el calor y por eso se utilizaban mucho los aceites esenciales. Elegí uno con jazmín y me lo froté en el dorso de la mano izquierda. Lo aspiré varias veces y sentí una intensa sensación de bienestar, cerré los ojos e instintivamente mis manos se unieron frente a mi pecho, pronto vi a Govinda y al grupo de

chicas que ahora habían vuelto a ser adultas.

Estaban sentados en círculo, cada uno con las manos en una posición diferente. Seguramente eran mudras, Govinda estaba cogido de la mano. Emanaban luz y parecían muy serenos. Me invadió una sensación de paz. De repente, la visión se hizo más clara y vi perfectamente a Govinda. Su pelo apenas le llegaba a los hombros y un chal le cubría los brazos aún llenos de cicatrices. Su dolor se disimulaba con una sonrisa falsa, era una pincelada roja sobre un lienzo morado, la mirada sólo podía detenerse en ella y en su enigmática sonrisa. En sus ojos, la alegría y la tristeza tenían la misma intensidad. Su magnetismo era tan poderoso que no podía apartar mis ojos y mi atención de ella, mis pensamientos de ella, mi corazón de ella.

Su energía me barrió como un ciclón, sacudiendo mi alma hasta la médula hasta que lo sentí real.

Capítulo 14

Al día siguiente llovía a cántaros y busqué en mi bolso el número que me había dejado el taxista. Llegó pronto y llamó al timbre: al verle, me quedé boquiabierta.

Dios mío, se parecía... de hecho se parecía, ¡se parecía totalmente a uno de los cuidadores que veía en mis visiones!

Mi respiración se bloqueó tanto en el diafragma que luché por salir y entrar en su taxi.

La complexión era idéntica y la cara y los ojos también. Cada vez que me miraba por el retrovisor, aumentaba la inquietud. *Fingí* estar cansado y dormido y casi al instante apareció Govinda.

Estaba en círculo con los demás. El sacerdote estaba sentado aparte, delante de los dos ayudantes, formando una especie de triángulo. Me di cuenta de que estaba absorbiendo su energía. Ellas, jóvenes e indefensas, estaban consintiendo sin sospecharlo alimentar su energía oscura y su poder para complacerle. Miré a Govinda y me pareció extraña. Se movía obsesivamente de un lado a otro. Aquella niña se había convertido en una mujer de unos veinte años, con largos cabellos negros y una túnica azul celeste. El sacerdote dio tres palmadas y Shila tocó a Govinda, mientras los dos hombres descamisados con las caderas envueltas en piel de leopardo a un gesto del sacerdote se levantaban y se

acercaban a las niñas. Uno de ellos se acercó por detrás de Govinda y el otro por detrás de otra chica. Deduje que algo malo estaba a punto de ocurrir y me alarmé. Govinda levantó los brazos con valentía e inmediatamente juntó las manos delante del pecho. Empezó a apretarlas con fuerza mientras entrecerraba los ojos. Finalmente la vi contraer todos los músculos de la cara y luego relajarse, sonreír y entrar en un estado de éxtasis. El sacerdote levantó la mano y detuvo al hombre que la agarraba. En ese momento, como por arte de magia, pude sentir su estado. Su éxtasis me invadió por completo.

Se abalanzó sobre mí con fuerza, entrando por todos los poros de mi piel y fue algo único y extraordinario para mí. Sentí su éxtasis y llegué a pensar que me desmayaría. Govinda se levantó y caminó hacia el sacerdote. Se quitó el tocado rojo e inclinó la cabeza ante él; Govinda le puso las dos manos en la cabeza y...

Un golpe seco y repentino me lanzó contra el respaldo del asiento del taxista. Me tambaleaba y no entendía lo que estaba pasando. Nos había atropellado un coche en la carretera principal y detrás de nosotros se habían visto implicados otros tres vehículos. De la paz al caos. El susto fue tan grande como la incomodidad que sentí al tener que romper algo que ya había sentido, pero de una forma totalmente distinta.

Fue realmente embarazoso no poder mostrar ninguna molestia o preocupación por el incidente. Estaba bien,

de hecho muy bien.

Salí del coche riendo, mientras todos a mi alrededor gritaban, no podía actuar con naturalidad, me invadía una sensación de plenitud y satisfacción total y me sentía demasiado bien como para alterarme e irme al otro lado de la valla.

Tomé otro taxi y llegué a casa de Ambika después de la hora acordada; ella comprendió el motivo de mi retraso, pero también que yo era diferente, muy diferente; después de la meditación procedimos a las enseñanzas, que fueron muy profundas y llenas de alegría.

Al día siguiente nos tomamos un descanso y fuimos a visitar un complejo turístico situado a una hora de distancia de nosotros. Al principio el lugar parecía muy acogedor y acogedor, pero al continuar nuestra exploración nos dimos cuenta de que su principal ocupación era vender al turista ¡cualquier cosa!

Llegó a ser bastante pesado tener que defenderse de las constantes propuestas, sobre todo cuando se basaban en la culpabilidad.

Llegó la hora de comer y nos detuvimos en un lugar muy agradable. Cerca de la caja había un cartel: "Cappuccino italiano".

Le dije, 'venga, ¿lo tomamos?' y me dijo, '¡pero si en

Italia ni se bebe!', 'exacto, a lo mejor aquí es diferente'.
Llamé al camarero y lo pedí. Quizá porque la leche tenía un sabor más intenso y genuino y el café era más ligero, debo admitir que me gustó mucho.
Volvimos de aquel lugar de estilo hippy de buen humor, pero sin duda ambos preferíamos la tradición a la ficción.

Capítulo 15

A la mañana siguiente decidí empezar a experimentar en serio con las enseñanzas que me había dejado el Maestro; quería sentir profundamente los efectos de las prácticas, tanto física como emocionalmente. Comparé el Tanshui con un libro de recetas: ¿sería imposible preparar una cena utilizándolas todas a la vez! Tenía que intentar ordenarlas y ponerlas en fila. Era como si tuviera que confiar en una corriente que me dirigiera y guiara, pero sobre todo tenía que darme tiempo para experimentar.

Un pensamiento contribuyó a aumentar mi agitación interior: quería abrir un sobre que estaba en el fondo de la carpeta. Me invadió el deseo de transgredir la orden que me había impuesto el Amo. Sentada en la cama, saqué el sobre de la carpeta y lo sostuve en mis manos durante unos segundos. Era pesado y amarillento. Desaté la cinta amarilla que lo ataba y busqué un lápiz que me ayudara a abrirlo, lo deslicé por una rendija, pero demasiado afán y curiosidad me llevaron a dar un golpe seco y romper el sobre por completo, ¡y su contenido se derramó!

Imágenes antiguas y descoloridas esparcidas por la colcha ahora estaban allí, a mi alrededor.

En el reverso tenían un tanki bastante complejo, a estas alturas ya había aprendido a reconocerlos, y todos tenían una inscripción. Un intenso perfume a rosas me impregnó, salí corriendo a ver si alguien había encendido incienso, pero cuando volví a mi habitación noté que sólo en esa habitación podía olerlo, qué extraño pensé, quizás sólo yo podía olerlo. En el sobre una sola nota: Omkitan. En el reverso de las tarjetas, bajo el tanki, había una frase en un idioma desconocido para mí. Decidí que alguien con experiencia descifrara lo escrito.

Así que esa tarde fui a una librería para comparar los diferentes guiones, pero casi todos los libros estaban escritos en los caracteres de la lengua local y la búsqueda fue totalmente infructuosa.

Volví a meter una de las postales en el bolso, pero me di cuenta de que el hombre de la tienda me estaba mirando. Sintiéndome un poco avergonzada, cogí un par de CD de una estantería y los llevé a la caja; sacando de nuevo la postal, le pregunté si conocía a algún traductor.

Muy amablemente me dio el nombre de un profesor de la universidad que había traducido varios libros, incluso al árabe, y me enseñó uno que sacó de una estantería con el nombre de aquel hombre. No tenía

número de teléfono, pero si lo hubiera preguntado en la universidad seguramente me lo habrían dado.

La universidad estaba en el lado opuesto de la ciudad y ya era demasiado tarde para ir allí, por no mencionar que el denso tráfico me retrasaría aún más. Volví a llamar a un taxi y me dirigí a casa. Una vez allí, continué mi exploración a través de las enseñanzas del Maestro y, aunque era un camino virtual, había mucha resistencia, sobre todo cuando estaba a punto de dar pasos, así que tuve que esforzarme para continuar mi viaje.

Estaba ansiosa por mostrarle a mi marido mis descubrimientos, aunque cada vez no leía en sus ojos el asombro que esperaba, sino que, por el contrario, veía una sutil ansiedad y preocupación hacia mí. Sólo ahora comprendía su dificultad para seguir mis movimientos internos, procesos que se alternaban con tal rapidez y desmesura que a veces me dejaban sin aliento incluso a mí.

Ahora necesitaba analizar mi experiencia con más conciencia y madurez para poder profundizar.

"Primero abre tu corazón y luego abre tu mente, esta es la actitud correcta que debes tener en la vida". Estas palabras resonaron en mí como una advertencia, la orden de una madre que le dice a su hijo: "primero termina la

comida y luego cómete el helado".

Obviamente, entre las dos opciones también prefería la segunda, pero era consciente de que, como en todas las cosas, había un orden lógico y un calendario que respetar.

Capítulo 16

Un sofoco me invadió, la energía era tan fuerte; Govinda era adulta, pero aún no libre, podía sentirlo en sus ojos, en esa mirada que se posaba en mí. El proceso se había invertido, ahora ella dirigía el juego, me observaba a mí y ya no yo a ella. Su perfume entró de puntillas en mis fosas nasales y mientras su visión se desvanecía pude escuchar sus pensamientos. Rápidamente cogí papel y bolígrafo y empecé a escribir. Ella me hablaba a través del tiempo y yo quería escribir para no olvidar nunca aquella extraordinaria experiencia.

"Delicada doncella del futuro escribirás de mí, te estoy agradecida porque darás voz a la que nunca pudo pronunciar palabra. No sentirás asombro ni vergüenza por esta experiencia. Bendito seas por haberme encontrado. Un día dirás la verdad.

Puse el bolígrafo sobre la mesa y di unos saltitos, podía oír sus pensamientos con claridad y ya no necesitaba las visiones, quizá por fin me había recuperado del golpe en la cabeza, ¡quizá ahora estaba mejor!

Me preparé rápidamente, llamé a un taxi y me dirigí a la universidad. Cuando llegué, pregunté si podía hablar con el profesor Singh. Me hicieron sentar en una pequeña sala detrás de la biblioteca y, al cabo de una media hora, me condujeron a un aula donde acababa

de terminar una conferencia. Detrás del pupitre, un hombre de mediana edad, con traje occidental y turbante del que asomaba una espesa barba oscura, ordenaba unos papeles. Me acerqué a él y le pregunté si podía ayudarme a entender el mensaje escrito en aquellas postales. Le entregué una, la examinó detenidamente y me dijo que se trataba de una antigua lengua de Oriente Próximo. Fuimos juntos a la biblioteca y una vez allí buscó un diccionario que me enseñó. El alfabeto correspondía exactamente a la escritura del reverso de las postales. Me hizo una demostración de cómo descifrar las primeras palabras utilizando el inglés para que pudiera continuar la traducción por mi cuenta, había muy pocas palabras y si no podía hacerlo aún podía preguntarle.

Me despedí dándole las gracias y procurando no dar demasiadas explicaciones. Tardé unas dos horas en traducir los trece escritos.

Miré el reloj de la pared: ya eran las dos de la tarde y recordé mi cita con Ambika. Me catapulté hacia la máquina expendedora de bocadillos y luego hacia el primer *tuc tuc* que pasaba. Para entonces ya iba bien encaminada: era el octavo encuentro y mi energía y conciencia también se expandían, y me sentía bien con las dos mujeres que me acompañaban en el

descubrimiento de los secretos de la energía femenina. Cuando volví, decidí darle una sorpresa a mi marido y fui a recogerle a Yoga Shala. Él estaba encantado y me propuso ir a la playa a bañarnos juntos. Nos bañamos y en cuanto estuvimos secos optamos por un yogur fresquito en un chiringuito. Antes de volver juntos, nos detuvimos en el supermercado para comprar verdura y fruta fresca, ¡para entonces éramos prácticamente vegetarianos y la verdura había que comprarla fresca! Cargados de bolsas fue una auténtica proeza llegar a casa por la carretera cuesta arriba.

El gatito negro, fiel y siempre muy hambriento, nos esperaba en el felpudo de casa. Decidí recompensar su paciencia dándole unas golosinas crujientes que acababa de comprar. Le habíamos puesto Whistle porque su maullido era muy agudo y parecido a un silbido. Después de una refrescante ducha, preparé las verduras. Antes de irnos a dormir nos dimos cuenta de que Silbido estaba tumbado en los escalones; parecía estar muy dolorido y cuando me acerqué a él, percibí un fuerte olor a pescado que emanaba de él; deduje que había encontrado restos de comida rebuscando en la basura y, hambriento como solía estar, se los había tragado con sus espinas. Estaba justo delante de nuestra puerta, tumbado y agotado hasta el punto de

que pensé que se moría. Cogí un paño húmedo para limpiarle la cara y le acaricié un par de veces para animarle. Lo levanté y lo dejé sobre el felpudo. Sabía muy bien que los animales, sobre todo los salvajes, tienen la capacidad de curarse a sí mismos, así que esperé pacientemente a que regurgitara. Mi marido me sugirió que me fuera a descansar y que él me relevaría y seguí su consejo. Tras una hora dando vueltas en la cama, bajé descalza para ver si Silbido se había recuperado. A través de la puerta entreabierta vi a mi marido con Whistling en brazos. Silbido abrió los ojos y bajó de un salto; decidí no intervenir y subí corriendo a mi habitación sin que me vieran. Al cabo de unos minutos se cerró la puerta principal y le oí subir las escaleras y entrar en la habitación. Levantó suavemente las sábanas y luego se tumbó lentamente a mi lado y me abrazó. A las cuatro y media, como de costumbre, ya estábamos despiertos. Nos apresuramos a ver cómo había pasado la noche nuestro amigo.

En cuanto abrí la puerta, Whistler dio unas cuantas vueltas alrededor de mis tobillos y luego saltó literalmente a mis brazos. El gatito algo encogido y frágil que habíamos conocido se había vuelto más robusto y parecía haberse recuperado perfectamente.

Podía hacer frente a su vida aventurera en la selva y visitarnos de vez en cuando para comer y recibir algunos mimos.

Ya había llegado al final de las notas en las que el Maestro me explicaba la historia de aquellas imágenes. El trabajo con Ambika tenía como objetivo el despertar de lo femenino y la limpieza energética y, a veces, física, lo que resultaba exigente y agotador.

También llegó el día en que tuve la última de mis visiones. Amanecía, y la suave luz dejaba entrever la bruma que se elevaba sobre la exuberante naturaleza cada mañana. Mi visión cobró vida a partir de aquel escenario de cuento de hadas, entre sueño y realidad. Sentí que mi cuerpo se volvía pesado, y una pérdida total de movilidad caracterizó aquel suceso, que no solía ser tan llamativo.

Vi a Govinda caminando por la selva entre las ramas de los árboles. Un hombre distinguido se le acercó y empezó a hablarle, pero como ella no podía oír, se puso la mano sobre el corazón y empezó a llorar. Se miraron a los ojos, luego él le acarició la cabeza y le secó una lágrima, haciéndole saber que la ayudaría. Por su expresión, comprendí que había llegado el momento de abandonar su prisión y escapar de aquella presencia oscura que le arrebatava la energía vital a ella y a las demás chicas. Con gran delicadeza, cogió una flor blanca, se la entregó e

inmediatamente se alejó. La vi con las otras niñas que ahora se habían convertido en mujeres. Govinda les mostró un hueco en la alta valla y que podían escapar con ella si lo deseaban. Por sus reacciones, comprendí que no todas querían seguir su plan. Vi huir a una de ellas, quizá la más asustada. Al cabo de unos momentos, Govinda fue conducida por los dos criados a presencia del anciano. Esta vez el sacerdote no la castigó, sino que, para mi asombro, después de hacerla vestir como una princesa, la hizo sentar en su asiento. Le lavó los pies y se los secó, los roció con pétalos y le colocó un velo dorado en la cabeza alabando el cambio de su destino. En un instante me mostró su vida. Ahora tenía una habitación propia, una mujer que atendía sus necesidades y muchas ropas ceremoniales que ponerse cuando, desde su gran silla, impartía bendiciones a los que esperaban en largas colas.

Ahora era una pequeña diosa, una muñeca de cera, con las mejillas sonrosadas y los labios lacados de rojo, el rostro inexpresivo y sin vida.

No podía más, cogí un libro y lo lancé contra la pared, tenía el corazón partido en dos. "¡No! ¡Esto no puede acabar así, no es así como tenía que acabar, no así, no así!".

Capítulo 17

Ya habían pasado dos meses y mi marido había hecho varios amigos; al ser más expansivo que yo y tener más contacto con el mundo exterior, había conseguido encajar y adaptarse. Yo, en cambio, frecuentaba a poca gente y seguía con mis ejercicios y la meditación. Cuando llegué a la última reunión, me invadió una gran tristeza. Para mí, por fin había llegado el momento, y estaba preparada o no para recibir lo que había venido a buscar. Una vez en casa de Ambika, ella cogió unas ramitas de flores de jazmín y me las puso en el pelo. Rezó una breve oración en el espacio situado frente a la habitación donde solíamos reunirnos, me puso un collar de flores frescas alrededor del cuello y me entregó una llave. Se hizo un silencio lleno de inquietud.

Señalándome la tienda, me hizo señas para que entrara sola. No fue necesaria ninguna explicación: me pareció que había vivido aquella escena muchas veces. Había llegado el fatídico momento.

Temblando ante la idea de que más adelante las cosas cambiarían y de que nunca volvería a ser la misma persona, aquieté mi mente y di el paso necesario para ir más allá de aquella tienda.

En el interior me recibió un agradable e intenso aroma a rosas; los pétalos rojos esparcidos por el suelo me condujeron al armario con incrustaciones. Sentí un fuerte deseo de arrodillarme y rezar; las velas, dispuestas en triángulo, estaban enmarcadas por tres hileras de arroz de colores amarillo, blanco y rojo. Al cabo de unos minutos me armé de valor, me levanté e introduje la llave en la puerta del armario. Una vuelta y se abrió. Dentro había tres estantes vacíos y en el del medio un tomo amarillento con un sobre apoyado sobre él. Era un manuscrito sin cubierta y tuve la sensación de que formaba parte de algo antiguo y precioso, páginas unidas de forma muy rudimentaria. Tomé el sobre en mis manos y lo abrí; las pocas líneas de una hoja me abrieron el corazón de par en par:

"Querida hermana, camina en la Luz y la Verdad.

Aferré aquel trozo de papel entre mis manos mientras las palabras del Maestro resonaban en la sala: "camina en la Luz y la Verdad", me puse el papel en la frente y luego en el pecho y lloré, cogí el manuscrito y sin abrirlo lo aferré fuertemente a mí.

Cerré con cuidado el armario y salí.

Ambika había desaparecido, mientras su nieta esperaba fuera con una mueca y curiosidad. Tenía en las manos una caja de cartón que su abuela me había

dejado para que metiera el texto en ella, para que no lo estropeará. Leí una inscripción en rotulador azul: "De María". Pensé que era un error y que en realidad había querido escribir "para María".

Nos abrazamos largo rato y cuando salí aún tenía la piel de gallina; incluso por el camino seguía sintiendo oleadas de emociones fuertes. Necesitaba caminar y liberar la tensión. Sentía que el corazón me latía deprisa y en mi mente, como en una película, repetía todas las escenas que habían caracterizado nuestros breves pero intensos encuentros.

De repente me sentí investido de una gran responsabilidad, aunque aún no era consciente de lo que tenía entre manos. Llamé a un taxi y me abandoné en el asiento trasero como hacía tiempo que no hacía. Estaba agotado. Al cabo de unos 20 minutos, el taxista me despertó: "Señora, señora, ¿es ésa su casa?". Asentí y, un poco atontada, busqué el dinero y le pagué; salí tambaleándome del taxi.

Saludé al gatito que me estaba esperando: "Hola Whistle ¿estás bien? ¿Quieres comida?"

Entré en casa y le saqué agua y restos de comida. "Aquí tienes Whistle, come".

Volví a entrar en casa, me estiré en el sofá imaginando que tenía delante un gran televisor. Tenía una

necesidad extrema de ver una película que no era mi vida, estaba cansado, tan cansado que quería desaparecer o disolverme en el éter.

A los pocos días debíamos marcharnos, por un lado ansiaba volver a casa, pero por otro, en lo más profundo de mi ser, sabía que la echaría de menos.

Agarré la almohada con fuerza y la olfateé. Quería respirar ese olor por última vez, ese olor típico de la humedad, de la ropa que nunca se seca, del rocío de la mañana, de la lluvia y de la selva.

Mi corazón se abrió.

Capítulo 18

Desde la ventana del quinto piso de mi cocina me di cuenta de que la luna ya estaba alta aunque sólo eran las ocho de la tarde. Como de costumbre, me retrasé en los preparativos, pero también lo hicieron mis invitados y así todo resultó perfecto. Llené la panera y la llevé al salón patinando sobre el suelo de mármol. La mesa estaba puesta, pero aún faltaba algo. Cogí algunas velas del bufé y las esparcí para crear ambiente. Me acerqué al escritorio, abrí el cajón en busca de un mechero y vi el manuscrito. En aquel momento no podía imaginar el valor de su contenido. La ligereza con la que abordé los pasajes más difíciles y significativos de mi vida fue quizá la clave para no dejarme abrumar por los acontecimientos. Las revelaciones contenidas en aquel fajo de papeles superaron mis expectativas. Sólo leí las primeras líneas, las palabras empezaron a bailar por las páginas, mientras sentía que el corazón me latía con fuerza en la caja torácica. En ese mismo instante tuve la confirmación y la certeza absoluta de que si decidía hacer pública aquella información, mi vida y la de los demás cambiaría con toda seguridad.

Que tu alma se libere de sus cadenas
de la hipocresía y dar crédito a su esencia.

Maribol Sole

GRACIAS

Doy las gracias a mis profesores, a mi marido, a mis alumnos, a mis amigos y a todos los que me han ayudado y animado a compartir el Tanshui.

Tanhui me ha acompañado en un viaje de despertar interior, transformación y manifestación de lo que ahora considero un arte y una guía hacia un estilo de vida más feliz y satisfactorio.

Glosario

Ajna - Sexto chakra más conocido como el "tercer ojo".

Bindu (Bindi) - Es un término sánscrito que significa punto. También es un pequeño ornamento devocional que se coloca en la frente.

Chakra - Literalmente significa "rueda" o *vórtice* en sánscrito. Es un término utilizado en la filosofía india que considera los chakras como válvulas de energía conectadas a las glándulas endocrinas que enlazan el cuerpo físico con el mundo exterior.

Dhoti - Es una prenda tradicional que llevan los hombres en la India. Es una pieza rectangular de tela que se ata alrededor de la cintura y llega hasta los pies, como un pareo.

Gurú - Término sánscrito que identifica a un maestro o preceptor. Proviene de las raíces *gu* 'oscuridad' y *ru* 'desvanecer', adquiriendo así el significado de *'Aquel que disipa la oscuridad'*.

Mala - El significado literal de la palabra es círculo. Puede ser una corona o un rosario indio, compuesto por un número preciso de semillas (108) y fabricado con materiales naturales. Similar a las cuentas del rosario occidental, se utiliza como instrumento para la repetición de un mantra o para la práctica de otras formas de ejercicios espirituales.

Mantra - Término derivado de la combinación de las dos palabras sánscritas *manas* (mente) y *trayati* (liberar). Así pues, el mantra puede considerarse un sonido que puede liberar la mente de los pensamientos.

Mudrā - Literalmente: 'sello'. Es un gesto que se utiliza para obtener beneficios en el plano físico-energético.

Namastè - Significa "me inclino ante ti", y deriva del sánscrito: *namas* bowing, inclinarse, saludar con reverencia y *you*, a ti. Sin embargo, esta palabra lleva asociada una valencia espiritual, por lo que puede traducirse más plenamente como *saludo (me inclino ante) las cualidades divinas que hay en ti*.

Panjabi - Prenda tradicional de la India, es una camisa ancha hasta la rodilla que llevan tanto hombres como mujeres sobre unos pantalones cómodos.

Pranayama - La palabra Pranayama está formada por Prana (aliento, vida, energía, fuerza) y Ayama (longitud, control, expansión). Su significado es, por tanto, control y extensión de la respiración.

Prasad - Comida bendita.

Sannyasi - Persona que renuncia a la vida mundana para dedicarse por completo a la contemplación espiritual.

Satguru - Su significado es: 'maestro de perfección' o también maestro iluminado; su tarea es iniciar a las almas de los discípulos para conducirlos hacia la iluminación.

Shaktipat - Consiste en la Gracia recibida del Gurú.

Sitar - Instrumento de cuerda indio.

Tachat - Estera utilizada para sentarse.

Tanki - ideogramas, pictogramas

Tuc tuc - Coche simio utilizado como taxi

El autor declina toda responsabilidad
por el uso indebido del contenido de este texto,
sobre la que posee todos los derechos.

Sitio:

www.tan-shui.com